

Trabajo Fin de Máster

Influencia de los factores de relación filioparental en las características de los asesinos en serie

Autor: Raquel García Martí

Tutor: Francisco Bernabeu Ayela

Resumen

Desde los albores de la humanidad, la existencia de individuos capaces de llevar a cabo homicidios y asesinatos de forma serial ha generado en las comunidades un sentimiento de terror y fascinación fruto de las incógnitas etiológicas relacionadas con estos sujetos. Si bien en un principio se apelaba a la maldad y a las circunstancias de origen divino como causa principal de su origen, hoy día se sabe que ello no es así. Diversas investigaciones a lo largo de la historia pretenden dar respuesta a una cuestión que, todavía hoy, sigue siendo de compleja solución: asesino serial se nace o se hace. Sabemos que existe una infinidad de factores capaces de contribuir a la creación de un asesino en serie. No obstante, pese a las evidencias de la presencia en las etapas pueriles de estos sujetos de un ambiente familiar disfuncional y, en especial, de una crianza materna negativa y un modelado de conducta violenta en el hogar, pocos estudios se han centrado en analizar hasta qué punto las figuras materna y paterna, tanto de forma conjunta como aislada, son capaces de influir en la creación de un homicida serial. Se tiene constancia de la importancia que puede ostentar el rol materno en la infancia de un individuo; pero ¿cuán relevante puede llegar a ser este sobre la génesis de un asesino serial? Por este motivo, en la presente investigación se estudiarán diversos puntos de interés. Por un lado, la importancia de los factores familiares dentro del conjunto de factores de riesgos asociados a la conducta violenta y homicida serial. Por otro lado, las características de crianza materna y paterna con mayor relación causa-efecto en un asesino serial y su influencia criminal.

PALABRAS CLAVE: Asesino en serie, modelos de crianza, influencia materna, violencia en el hogar, perfilamiento criminal.

Abstract

Since the dawn of humanity, the existence of individuals capable of carrying out homicides and serial murders has generated, in some communities, a sense of terror and fascination resulting from the etiological unknowns related to these subjects. While evil and circumstances of divine origin were initially called upon as the main cause of its origin, it is now known that this is not the case. Some researchs throughout history aim to answer a question that, even today, remains a complex solution: serial killer is born or made. We know that there are a myriad of factors capable of contributing to the creation of a serial killer. However, despite evidence of the puerile presence of these subjects in a dysfunctional family environment and, in particular, negative maternal breeding and violent behavior modelling at home, few studies have focused on analyzing the extent to which maternal and paternal figures, both jointly and in isolation, are able to influence the creation of a serial killer. The importance of an individual's maternal role in an individual's childhood is known; but how relevant can this become about the genesis of a serial killer? For this reason, diverse points of interest will be explored in this investigation. On the one hand, the importance of family factors within the set of risk factors associated with serial violent and homicidal behavior. On the other hand, the characteristics of maternal and paternal parenting with greater cause-and-effect relationship in a serial killer and his criminal influence.

KEYWORDS: serial killer, breeding models, maternal influence, domestic violence, criminal profiling.

Índice

I. Introducción	5
II. Objetivos.....	9
III. Metodología.....	10
IV. Marco teórico.....	11
IV. I. Factores genéticos: ¿existe el gen del mal?	13
IV.II. Factores biológicos o predisponentes: ¿un cerebro distinto al nuestro?	16
IV.III Factores familiares: estilos de socialización/educación parental.	21
V. Estudio de casos	40
Presencia de una figura materna violenta y/o dominante/castrante	41
Ausencia materna o presencia de una madre distante y fría.....	45
Relación materno-filial anormal	49
Existencia de violencia por parte de sus padres hacia sus madres y demás miembros de la familia.....	51
Presencia de trastornos mentales en sus madres	53
VI. Conclusiones.....	57
Bibliografía.....	I

I. Introducción

Desde los albores de la civilización humana, siempre se ha temido a ciertos sujetos que escapan de los códigos sociales y morales de la comunidad; individuos que forjan sus propias reglas de conducta sin importar el coste humano que éstas puedan acarrear. Sujetos que, a pesar de compartir la mortalidad con el resto de las personas, a día de hoy su recuerdo todavía perdura, atormentándonos y recordándonos que, efectivamente, el lado oscuro de la humanidad existe y está aquí, acechándonos.

En este sentido, el término “asesino en serie” supone un concepto de enorme relevancia y trascendencia que nos ayuda a comprender ciertos patrones de comportamiento antisocial grave y crónico. Asimismo, debemos tener en cuenta lo siguiente: pese a que la presencia de criminales seriales en activo deviene sumamente escasa y suponen un muy reducido porcentaje del total de delitos violentos y agresiones sexuales graves, dichos sujetos presentan una alta reincidencia (Hart & Hare, 1997). Por lo que deviene sumamente importante y necesario comprender la etiología de este tipo de personalidades sin que ello signifique, claro está, que dicha necesidad no esté exenta de complejidades. Del mismo modo, muchos de estos sujetos presentan, tal y como advierte Lösel en su obra *Treatment and management of psychopaths* (1998), una especial resistencia al tratamiento terapéutico tanto dentro como fuera de los centros penitenciarios. Lo cual nos muestra la máxima importancia de una sentencia que, si bien se emplea en el uso cotidiano más corriente, puede extrapolarse a este campo: más vale prevenir que curar. Y qué duda cabe que es mucho más acuciante prevenir aquello que no tiene -o parece no tener- cura. Por tanto, vamos a centrar nuestro estudio investigativo en estos sujetos y en las características que pueden verse relacionadas con la etiología de sus carreras criminales.

No obstante, la incertidumbre acerca del origen fenomenológico del asesinato en serie y violento ha devenido una constante histórica de la crónica negra en todos los rincones del mundo. Pese a la creencia popular, es muy improbable encontrar un sujeto amoral que, sin previo aviso y sin razón alguna, comience a dar muerte a todo ser vivo que le rodea. De forma contraria, lo más común es analizar la vida y la trayectoria criminal de estas personas y percatarse de la presencia de diversos ambientes criminógenos que han ido creando, de forma paulatina, una personalidad monstruosa.

Así, analizando el perfil de un asesino serial promedio, podemos descubrir que, en muchos casos, se trata de un hombre de raza blanca, de clase socio-económica media-baja, de entre 20 a 40 años y que, por norma común, sufrió en su infancia rechazo y abuso físico, psicológico o ambos por parte de sus progenitores o de algún otro familiar (Vera, 2009).

Y lo cierto es que, pese a haber sido etiquetados como seres desprovistos de toda humanidad y monstruos ajenos a todo aquel ideario común que comparte la colectividad, no podemos sentenciar a determinados individuos sin realizar, primero, un exhaustivo repaso de sus vidas y sus infancias. En este sentido, resulta sumamente difícil imaginar un infante feliz, con ausencia de trastornos mentales y de personalidad, sin problemas neurofisiológicos, sin grupos de pares antisociales o barrios altamente criminógenos y rodeado de afecto y de una buena crianza familiar siendo, en su futuro, un torturador de animales y un cazador de hombres. Claro está que, si pensamos en un sujeto con estas características, tan sólo podemos considerarlo como un error evolutivo; un paso en falso en la evolución humana a modo de individuo que, poseyendo a su alcance todas las herramientas capaces de otorgarle una vida plenamente prosocial y cívica, ha decidido transitar por un sendero alternativo, escogiendo la maldad y demostrando una clara perturbación moral y ética. Sin embargo, no es ésta la realidad de muchos individuos; lo cual nos obliga ineludiblemente a cuestionarnos el mismo interrogante que, desde la Antigüedad, sigue sin una respuesta definitiva: ¿un asesino nace o se hace? o, mejor dicho: ¿un asesino nace o lo hacen? Esto es, ¿existen circunstancias exógenas y ajenas a estos individuos que generan en ellos una serie de disfunciones, anomalías y trastornos que, bien de forma única o bien correlativa con otros factores de base individual, influyan en sus posteriores carreras criminales?

Para ello, en el presente trabajo investigativo, vamos a centrar nuestros esfuerzos en analizar los diversos argumentos explicativos esgrimidos en el ámbito criminológico en aras a clarificar la incertidumbre y la nebulosa acerca de esta temática; pero, de forma más exhaustiva, en estudiar la causalidad criminal que el ambiente familiar y la crianza de ésta puede llegar a suponer. En este sentido, la familia deviene ampliamente relevante en el ámbito de la desviación social, pues se encarga de cumplir un destacado rol en el control y regulación de comportamientos y emociones, situándose como institución nuclear en el seno de la comunidad. Asimismo, dentro del entorno social, se trata de una de las esferas más importantes, debido a que en ella los sujetos pasan la mayor parte del

tiempo durante el desarrollo y maduración de su personalidad. Por este motivo, podemos entender el ámbito familiar como una de las principales esferas de influencia y sobre la cual vamos a centrar nuestra atención y nuestro análisis, observando hasta qué punto la crianza y el influjo parental pueden estar relacionados con la construcción de un fenómeno altamente peligroso y pernicioso tanto a nivel criminológico como social: el asesino en serie.

Del mismo modo, la esfera emocional de un infante deviene importante a la hora de desarrollar un adecuado crecimiento psicosocial, pero no siempre este ámbito se presenta adecuado para tal cometido. Por ello, analizaremos qué factores influyen en un desarrollo anormal en la vida de un menor, estudiando, para ello, las figuras de referencia que entran en contacto con éste a lo largo de su crecimiento: sus padres. Pese a centrarnos en ambos progenitores, mostraremos especial interés por la figura materna. En este punto, Freud ya habló de la importancia agregada de la madre sobre el menor y de la dependencia psicológica del infante hacia ésta (aunque en este caso la atribuimos a una fijación no sexual de raíz bio-psico-social), que comienza en el embarazo, se expande hasta el parto y la lactancia, y se prolonga hasta la adolescencia y la edad adulta joven (García, 2009). Por su parte, Donald Woods Winnicott advierte en su libro *Playing and reality* (1991) lo determinante que deviene la figura materna en la salud mental de un individuo desde su nacimiento. En este punto, ésta es la encargada de proporcionar al menor un ambiente facilitador para el desarrollo y la construcción de su personalidad; no obstante, por diversos motivos esta figura puede no aportar la disponibilidad y la atención necesaria que el infante requiere, generándose por ello una frustración que generará diversas alteraciones en su desarrollo (Rodríguez, 2019).

Esta visión de la etiología criminal adquiere una notable importancia en el ámbito criminológico por dos razones: primero, por un motivo básico; y es que deviene sumamente improbable e inefectivo actuar de forma preventiva sobre un individuo cuyos factores criminógenos solamente residen a nivel biológico; segundo, porque resulta crucial conocer qué características de base familiar y de crianza están relacionados con el origen de la personalidad criminal y antisocial; debiendo extremar la precaución y anticiparse a un fenómeno que, una vez instalado en el seno social, puede acarrear un coste humano incalculable. De igual forma, el hogar debería suponer un refugio, un espacio de paz y sosiego como garantía para un crecimiento adecuado de un menor;

aunque, en ocasiones, estos espacios puedan llegar a convertirse en verdaderos campos de batalla.

De forma análoga, comprender la mente de los asesinos seriales deviene fundamental para el abordaje criminológico del fenómeno y para llevar a cabo programas preventivos que gocen de amplia eficiencia y potente efectividad. Hugo Münsterberg, padre de la Psicología Jurídica, advierte en su obra *On the witness stand/En el estrado del testigo* (1908) la imperiosa relevancia del papel del psicólogo en las Salas de Justicia. Tal y como afirma en su libro: “*Nadie es criminal de nacimiento*” alegando que, por el contrario, “*es la sociedad la principal responsable del crimen, por lo que la prevención [de éste] es más importante que [su] tratamiento*” (pp. 232-233).

Sin embargo, pese a la amplia relevancia de este ámbito investigativo con firmes propósitos preventivos, encontramos una dificultad añadida al emprender un análisis global de semejante envergadura. Por un lado, se trata de una temática altamente truculenta y, en ocasiones, sensacionalista que ha tergiversado, a lo largo de la historia, este campo de estudio, presentando cierto recelo para ser tratado de forma objetiva y crítica en la sociedad. En este sentido, en nuestro país el fenómeno del asesinato serial deviene sumamente escaso e, incluso, desconocido. Por lo que su estudio no ha constituido una prioridad en el ámbito criminológico español, debiendo acudir a referencias estadounidenses (sobre todo del FBI) para proceder a su estudio en profundidad (Forero & Jiménez, 2014). Como añadidura a lo anterior, es necesario señalar la patente oposición por parte de la comunidad a comprender la causalidad de esta fenomenología debido al alto componente punitivista y retribucionista de la opinión pública. Por otro lado, otra dificultad para el estudio de esta temática procede de un ámbito científico cuya información se encuentra enormemente dispersa (Vera, 2009). No obstante y pese a dichas dificultades, abordaremos la temática de la forma más completa posible.

II. Objetivos

Objetivos principales:

1. Profundizar en la posible relación entre una crianza violenta en el seno de un ambiente familiar disfuncional y la formación de un asesino serial.
2. Estudiar hasta qué punto las figuras materna y paterna son capaces de influir en la génesis de un asesino en serie.

Objetivos secundarios:

1. Examinar diversos factores de riesgo capaces de intervenir en el inicio y mantenimiento de las conductas delictivas de un asesino serial y establecer la importancia del ambiente familiar en el seno de dichos factores.
2. Conocer los factores parentales, de crianza y de estrés en el hogar que se relacionan con la etiología de un asesino en serie.
3. Analizar qué características familiares asociadas a la crianza materna y paterna son más tendentes a influir en determinados sujetos a la hora de activar y fomentar una carrera delictiva de carácter serial.
4. Estudiar una muestra de asesinatos seriales lo suficientemente exhaustiva como para determinar qué factores familiares y de crianza son más proclives a intervenir y contribuir en su etiología criminal.

Hipótesis:

La crianza materna y paterna en un hogar disfuncional influyen en la aparición en un importante número de asesinos en serie.

III. Metodología

Para elaborar el presente trabajo investigativo, se procede a realizar una minuciosa búsqueda bibliográfica tendente a hallar diversas referencias que aporten información sobre aquellos factores de riesgo que pueden influenciar, a nivel individual y social, a un individuo y contribuir en el inicio y mantenimiento de una trayectoria delictiva de carácter serial. También se buscará información referente a las circunstancias familiares y de crianza como factores relevantes a tener en cuenta en la génesis de un asesino serial.

Para probar nuestra hipótesis de investigación, se escogerá una muestra de asesinos seriales compuesta por 150 sujetos (100 varones y 50 mujeres). Para ello, se analizarán los factores de riesgo que posiblemente podrían haber influido en sus carreras criminales y se escogerán aquellos cuyos factores de riesgo familiares y paternofiliales presenten una notable preponderancia sobre el resto de las circunstancias. De esta forma, se dividirán las características familiares de crianza materna y paterna que puedan llegar a influir y se analizará su presencia de forma minuciosa en los periodos infantiles, preadolescentes y adolescentes de dichos sujetos.

Una vez realizado esto, se procederá a la elaboración de estadísticas descriptivas sobre qué factores familiares, maternos, paternos, y de crianza son más susceptibles de influir en la personalidad de un sujeto y en la etiología de un asesino serial.

No obstante, cabe destacar que, debido a las características inherentes de la población objeto de estudio (escasa y, en ocasiones, poco documentada), no se pretende que esta devenga representativa; sino más bien que sea capaz de arrojar una mayor claridad sobre la influencia familiar en la vida del asesino serial.

IV. Marco teórico

Para comenzar introduciéndonos en el fenómeno del asesinato serial y comprender de forma un poco más profunda los procesos endógenos y exógenos que se suceden en la formación de este tipo de sujetos, vamos a clarificar el término “asesino serial” y sus características clasificatorias. En este caso, debemos diferenciar claramente el asesino serial del homicida ocasional; ello no solo por razones claramente obvias en función del criterio cuantitativo de su actividad criminal, sino también por sus características inherentes, diferenciadas y criminológicamente relevantes. Así, nuestro estudio se va a centrar en la etiología de aquellos sujetos que, de forma serial y sin remordimiento alguno, privan de vida a diversos individuos durante el transcurso de un lapso temporal específico. Hablamos, pues, de asesinos en serie (término acuñado por el criminólogo y ex agente del FBI Robert K. Ressler en los años 70), sujetos que, según el Manual de Clasificación Criminal, cometen tres o más eventos delictivos separados, en tres o más locaciones, mediando emocionalmente un periodo de enfriamiento emocional entre los homicidios (Ferguson, White, Stacey, Marta, & Bhimani, 2003). A esta definición, Scott (2008) introduce una sutil pero audaz matización al destacar que se trata de sujetos que actúan acompañados de un claro componente volitivo; señalando Skrapec que ello no les hace distintos a nosotros, sino todo lo contrario: no son seres malignos, dado que el mal reside solamente en la premeditación de sesgar vidas humanas. Son, por el contrario, personas que alcanzan los extremos del ser humano (Skrapec, 2008).

La creciente producción cinematográfica relacionada con el abordaje de diversos asesinos seriales, el apogeo de la novela negra y policíaca, así como la mayor difusión de los medios de comunicación a nivel global, ha generado que la imagen del asesino en serie ya no resulte tan novedosa como lo podría ser décadas atrás. De hecho, se podría decir que éste se trata de un fenómeno estrechamente ligado al crecimiento de la civilización y a su creciente complejidad social. Según Ressler y Shachtman (2014), el origen del asesino en serie se debe a la progresiva concentración de violencia y agresividad entre los individuos en el seno de la sociedad; lo cual supondría una consecuencia directa de la expansión y el choque cultural, donde diversas civilizaciones entran en contacto unas con otras devorando las costumbres propias de cada una. Así, según estos autores, el fenómeno del asesino en serie surgirá “*allí donde la gente se sienta apartada de la sociedad, donde los vecinos apenas se conozcan entre sí, donde las*

familias no mantengan una relación estrecha, donde los adolescentes deambulen por calles peligrosas, donde la violencia aparezca como respuesta viable a los problemas”.

Asimismo, la imperiosa necesidad de comprender la mente de estos sujetos ha devenido siempre una constante investigativa; la cual no siempre ha gozado de la necesaria científicidad para llevar a cabo un análisis completo y exhaustivo de los pilares psicológicos y comportamentales que guían a estos seres. Como ya hemos mencionado, el asesinato en serie es un fenómeno criminal altamente notorio en todas las sociedades y goza de una significación agregada. Esto se debe a la magna repercusión social que estos asesinos generan en la comunidad que los vio nacer, crecer y convertirse en aquello que más se detesta y se teme: la muerte.

De este modo, podemos observar cómo desde las culturas más primitivas ya se intentaba dar respuesta a esta fenomenología, aportando luz ante la tenebrosidad que algunos sujetos producían con sus actos. En los inicios, su génesis se atribuía a un mal divino que, a modo de espectro demoníaco, accedía al cuerpo del desviado social y tomaba el control de éste. Durante la Edad Media, cualquier sujeto con un trastorno o enfermedad mental era considerado como un “loco” cuyo cuerpo era invadido por la personificación del mal, siendo sometido a purificaciones religiosas y exorcismos. Por su parte, Hipócrates atribuyó estas anomalías a enfermedades del alma que cursaban con un desequilibrio en los cuatro humores más importantes del cuerpo: sangre, flema, bilis y bilis negra. El desequilibrio de estos humores en el área cerebral supondría el origen de estos sujetos (Uribe Londoño, 2014).

Sin embargo, fue a partir del siglo XIX cuando se comenzó a adoptar una nueva visión etiológica basada en nuevos enfoques librepensadores, como puede ser la Teoría de la Evolución de Charles Darwin (Macià Gómez, 2011). Estos enfoques teóricos consiguieron eliminar las explicaciones más arcaicas sobre la delincuencia y hallaron un nuevo camino investigativo que conseguiría ofrecer vía libre a la criminología y a su estudio sobre el ser humano y su desviación social.

En la actualidad, se han comenzado a adoptar de forma tímida nuevos enfoques analíticos sobre este ámbito; pero, a pesar de esto, el panorama investigativo no se muestra muy distinto a antaño. Ahora bien, pese a existir todavía un cierto halo de sinuosidad y misterio en el estudio y comprensión de la fenomenología delictiva, se

conocen diversas circunstancias de riesgo capaces de aumentar la probabilidad de delincuencia en un sujeto.

IV. I. Factores genéticos: ¿existe el gen del mal?

Césare Lombroso inició el camino de la Criminología con su particular visión sobre la criminalidad y los sujetos que se ven inmersos en ella. Entre los años 1835 y 1909, redactó numerosas obras en las que defendía la idea de que asesino se nace, no se hace. En su obra *El hombre delincuente* (1876), para avalar sus teorías, advertía la existencia de características físicas determinantes que diferenciaban a los delincuentes de los no criminales. Así, estudiando a 383 reclusos italianos, estableció las primeras clasificaciones de delincuentes conocidas hasta el momento: criminales natos, criminales enfermos y criminaloides. El primer grupo, compuesto por individuos delictivos por naturaleza, se caracterizaba por presentar rasgos primitivos y particularidades psicológicas propias de etapas evolutivas anteriores. Asimismo, sus rasgos físicos diferían notablemente del resto de individuos no delincuentes: rostro asimétrico, orejas muy grandes o notablemente pequeñas, mandíbula y pómulo prominentes, dentadura anómala, brazos muy largos, barbilla semejante a la de los primates y dedos en manos y pies en exceso (Lombroso, 2006).

No obstante, desde hace siglos, científicos y neurólogos señalaron el papel que la genética y la biología pueden poseer en la etiología de la violencia extrema en los asesinos seriales. Así, mostrando estos individuos una alta impulsividad, así como dificultades en la forma de percibir su entorno, en su forma de pensar y en su relación con otros sujetos, presentan un notable deterioro tanto físico como mental. Éste genera que no sean capaces de controlar su comportamiento violento, llegando hasta el punto en que sus conductas se tornan necesarias e incontrolables (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014).

Así, en el seno de la investigación de orientación biologicista, surgieron diversas teorías de índole genetista que comenzaron a conectar el comportamiento violento con diversas anomalías genéticas e influencias hereditarias vinculadas con una alteración cromosómica. Éstas comenzaron contemplando la agresividad humana como fruto de

una enfermedad genética: la anomalía cromosómica XYY¹ (Jiménez Serrano, 2014); la cual, según Holmes y Holmes en su libro *Serial Murder* (2009), se convertiría, para algunos autores, en el gen criminal que ostentaría la génesis y el origen de los asesinos en serie. Esta corriente cobró vida tras los estudios llevados a cabo por Jacobs y sus colaboradores en el año 1965, en los cuales consiguieron evaluar a 197 pacientes violentos. Los resultados mostraron que 7 sujetos de la muestra escogida sufrían una alteración cromosómica: en lugar de poseer 46 cromosomas presentaban 47, concretamente un cromosoma sexual XYY.

Tras estos hallazgos, varios autores comenzaron a liderar numerosos estudios llevados a cabo en cárceles y centros psiquiátricos con el objetivo de establecer una clara relación entre la tendencia a la violencia y la presencia de este cromosoma. Pese a la escasa validez metodológica mostrada en sus investigaciones y la precaria significación estadística capaz de extrapolar los resultados, las conclusiones parecían indicar el descubrimiento del “cromosoma del crimen”. Asimismo, la existencia de esta anomalía genética se relacionaba con diversas características: retraso mental, alta impulsividad, dificultad en el aprendizaje, desviaciones sexuales, elevada estatura y presencia de acné (Jiménez Serrano, 2014).

Este factor parecía poseer una destacada significación en el desarrollo de un asesino serial; no obstante, esta corriente fue abandonada de forma paulatina por diversos motivos. Y es que el hecho de venir al mundo con este problema no vaticinaba que, de forma categórica, el sujeto se convirtiese en un delincuente. Al contrario, esta característica hereditaria posee mayor importancia en la conducta criminal cuando ésta se muestra, de forma concurrente, junto con otros factores de índole psicosocial que pueden llegar a acrecentar la conducta antisocial (por ejemplo, la presencia de traumas infantiles como consecuencia de una crianza negligente y/o violenta). De igual forma, la escasa existencia de certeza empírica capaz de relacionar esta anomalía genética con el desarrollo de asesinos seriales logró conseguir que, definitivamente, se abandonasen estas ambiciosas esperanzas por hallar el cromosoma del mal, comenzando a emplear el término “predisposición biológica” (Ibíd, 2014).

¹ También conocida como “Síndrome del super macho” o “Síndrome de Jakob”. Se trata de un trastorno genético (denominado “trisomía”) que afecta a los cromosomas sexuales, poseyendo el sujeto varón un cromosoma Y extra.

De igual forma, apoyando la genética como causante de una conducta violenta y/o antisocial, diversos estudios muestran que los comportamientos criminales llevados a cabo por jóvenes aumenta en aquellos casos en los que sus madres eran delincuentes; validando así la hipótesis de que no sólo el ambiente social es capaz de influir, sino también diversos factores de corte biológico, como puede serlo la herencia de la genética (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014). Eysenck, por su parte, sugiere que determinadas conductas en el sujeto, como la criminal, la psicopática y la antisocial, están influenciadas por ciertos atributos de la personalidad, determinados estos de forma genética (Alemán, Zárate, & Valdés, 2011). En el año 1982, Cloninger y Bohman lideraron un estudio sobre una muestra de 862 niños adoptados en la ciudad de Estocolmo. Los resultados señalaron que cuando los factores de riesgo eran de base hereditaria y ambiental, un 40% de los menores eran criminales; cuando tan solo existía un factor presente, solamente un 12,1% de los niños eran delincuentes (Torres Delgado, 2016). Con ello se destacaba la innegable relevancia de la predisposición biológica hacia el delito. Más tarde, Mednick y Cabrielli (1984) retomaron el legado de Cloninger, investigando la importancia de la genética sobre una muestra de 14.427 infantes adoptados. De nuevo, los resultados parecían señalar hacia la misma dirección: cuando existía una predisposición biológica al crimen (padres biológicos delincuentes), los niños adoptivos cometían un mayor número de ilícitos.

En lo concerniente a los estudios con gemelos, los monozigotos muestran una concordancia en los niveles delincuenciales que no presentan los sujetos dizigotos; siendo así un porcentaje del 50% de correspondencia en monozigotos y un 20,5% en dizigotos (Jara & Ferrer, 2005). Otras investigaciones dirigidas sobre gemelos monozigotos adoptados señalan esta misma concordancia, siendo del 0,41 para los menores y 0,28 para los adultos (Grove, y otros, 1990).

Sin embargo, las investigaciones sobre la fenomenología del asesino en serie y los factores que pueden generar que un sujeto, a modo de depredador, acabe cazando a sus iguales de forma serial, no se quedaron estancadas en este ámbito de la genética que, después de varios años, ha sido fuertemente criticado y puesto en evidencia. Al contrario, los avances en la comprensión de la mente y la conducta de este tipo de individuos se han ido enfocando en diversas direcciones, como, por ejemplo, en hallar la posible existencia de una biología criminal.

IV.II. Factores biológicos o predisponentes: ¿un cerebro distinto al nuestro?

Si centramos nuestra atención sobre aquellos asesinos en serie que muestran una personalidad psicopática, podemos observar en su conducta una profunda falta de empatía, así como una elevada pérdida de autocontrol sobre sus impulsos (Salado San Pedro, 2015). Para comprender estas características mostradas por los asesinos seriales, las investigaciones se han dirigido durante los últimos años al estudio y análisis del cerebro en este tipo de sujetos; realizando diversos hallazgos.

En lo correspondiente al área cerebral de un asesino serial, el psicólogo Adrian Raine, principal exponente que encabeza los estudios sobre la violencia desde un punto de vista neuropsicológico, mediante tomografías de emisión de positrones (TEP), ha encontrado evidencias del importante rol que ejerce la corteza prefrontal y el lóbulo temporal sobre el cerebro y la predisposición de conductas agresivas y antisociales (Jiménez Serrano, 2014; Pintado Alcázar, 2017). Durante su investigación, analizó a 41 asesinos, encontrando una escasa actividad prefrontal que se relacionaba con la pérdida de inhibición, la búsqueda de sensaciones, la impulsividad y el bajo autocontrol, la transgresión de normas y la irresponsabilidad (Raine & Sanmartín, Violencia y Psicopatía, 2006). En un inicio, se atribuyó esta influencia a las lesiones corticales prefrontales que podrían haber ocurrido tanto en la niñez como en la adultez. Este tipo de lesiones situadas en la corteza prefrontal conllevarían una profunda alteración de las emociones, así como una elevada preferencia por las conductas violentas (Sosa, 2010).

De igual modo, Raine y Sanmartín hallaron que, en función de cómo devenga de anómala la actividad prefrontal de estos sujetos, podrían clasificarse en “organizados” o “desorganizados” (clasificación llevada a cabo por los agentes de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI en el año 1980, en aras a distinguir aquellos asesinos seriales que mostraban una conducta en la escena del crimen más controlada de aquellos otros que, por el contrario, actuaban de forma impulsiva). Así, aquellos individuos que presenten una actividad casi homogénea en esta área cerebral mostrarán un mayor control de sus impulsos; siendo denominados “asesinos depredadores”, homicidas seriales que actúan de forma plenamente controlada y organizada. Por el contrario, sujetos que muestren una actividad muy baja en esta zona serán aquellos que actúan de forma impulsiva y descontrolada, es decir, serán “asesinos afectivos”.

En cuanto a esta área cerebral, cuando sujetos con una capacidad de autocontrol adecuada sufren lesiones en esta región, acaban desarrollando deficiencias emocionales y una personalidad que se asemeja al comportamiento psicopático criminal; algo a lo que Damasio et al. (1994) denominan “sociopatía adquirida” (tal y como se pudo observar en el caso de Phineas Gage²). De este modo, si un individuo especialmente violento posee un entorno familiar disfuncional, lo más probable es que la génesis de su comportamiento agresivo provenga de dicho entorno; por el contrario, si el individuo presenta un ambiente familiar adecuado, lo más seguro es que sean determinadas patologías biológicas las que hayan generado ese comportamiento violento (Pintado Alcázar, 2017).

Por otro lado, tal y como señalan en su estudio Mercedes Fernández y Aida Isabel Sánchez (2014), un sistema límbico (compuesto éste por la amígdala, la corteza anterior del cíngulo y el hipotálamo) hiporeactivo a estímulos, se relaciona con conductas impulsivas, inmaduras e irresponsables, así como la búsqueda de sensaciones. Otro de los hallazgos producidos en este campo deviene la reducción de la materia gris prefrontal en algunos sujetos diagnosticados con Trastorno Antisocial de la Personalidad (TAP) (Raine, 2000).

En relación al sistema nervioso autónomo de estos individuos, una baja respuesta electrodérmica y una baja frecuencia cardíaca han sido relacionadas con la psicopatía. Así, diversos estudios relacionan bajos niveles en la conductividad dérmica y la intensidad de parpadeo ante imágenes emocionales (tanto agradables como desagradables): Richard-Blair et al. (1997) destacan que los sujetos con psicopatía muestran, en comparación con los grupos control, una baja respuesta electrodérmica al ser expuestos ante fotografías de personas llorando; desapareciendo esta respuesta

² El 13 de septiembre de 1848, Phineas Gage, varón de 26 años, trabajaba colocando cargas explosivas en agujeros situados en la roca. Ese mismo día, Phineas olvidó tapar con arena uno de los orificios; por lo que, al momento de presionar con la barra de metal, una chispa hizo explotar la pólvora. Esta explosión provocó que la barra de metal saliese disparada hacia Gage, atravesando su cráneo (concretamente, la región cigomática izquierda), causando graves lesiones en el área del lóbulo frontal contralateral derecho. Phineas sobrevivió de forma milagrosa al accidente, manteniéndose consciente en todo momento. Después de este terrible accidente, lo trasladaron hasta la consulta del doctor Harlow, uno de los médicos del pueblo. A los dos meses del suceso, el doctor Harlow consideró que el paciente estaba completamente recuperado, por lo que le dio el alta. No obstante, Gage había pagado un alto precio por sobrevivir a dicho accidente: la personalidad de Phineas cambió de forma radical, convirtiéndose en una personalidad completamente inundada de rasgos psicopáticos (irresponsabilidad, impulsividad, indiferente ante las emociones de los demás, incapaz de planificar planes futuros, egoísmo patológico, manipulación, desinhibición, etc.), todos ellos muy distintos a los que le caracterizaban con anterioridad al accidente (responsabilidad, competencia, equilibrio emocional...). Ante tal enigma, diversas investigaciones actuales han demostrado que, efectivamente, la zona afectada por la acción de la barra de metal fue la región ventromedial/orbitofrontal (Torres Delgado, 2016).

anómala ante otro tipo de estímulos amenazantes o neutros. Igualmente, en un estudio con psicópatas convictos, Ishikawa et al. (2001) demuestran la existencia de una baja frecuencia cardíaca (baja AED 15 o enlentecimiento del *startle reflex*) ante situaciones de estrés. Esto explicaría por qué, en muchas ocasiones, diversos sujetos buscan en el fenómeno del asesinato serial actividades criminales que requieren dominación y control, así como sucesos emocionales de alta intensidad que suponen una búsqueda de sensaciones (Cuquerella Fuentes, 2004). En este punto, y en relación con la psicopatía y el fenómeno del asesinato serial, cabe destacar lo siguiente: tal y como explica Sanmartín en su obra *Violencia y psicopatía* (2006), un trastorno psicopático supone (en muchos casos) una predisposición que, junto con la influencia de diversos factores exógenos de índole social (rechazo afectivo), pueden llegar a generar la sensación de altos niveles de frustración. Para sobreponerse de ellos, el sujeto deberá refugiarse en fantasías criminales. Además, este autor señala que la generalidad de los asesinos en serie muestra, entre sus propiedades psicológicas y conductuales principales, rasgos pertenecientes a la psicopatía: falta de remordimiento, conducta antisocial, escasa empatía... Por ello, pese a que no es posible asumir de forma categórica que todos los asesinos en serie sean psicópatas, ni que todos los sujetos que presenten una psicopatía acaben convirtiéndose en asesinos seriales, sí es cierto que existe un evidente nexo entre este trastorno de la personalidad y el fenómeno del asesinato en serie (Ibíd, 2006).

No obstante lo anterior, en el campo de la bioquímica también debemos destacar la influencia que distintos factores neuroquímicos poseen a la hora de determinar la predisposición a la violencia que desarrollan estos sujetos. En este punto podemos hallar diversas teorías que relacionan niveles anómalos de neurotransmisores y neuropéptidos con la tendencia al comportamiento violento y antisocial de los asesinos seriales (Sosa, 2010). En este caso, bajos niveles serotoninérgicos pueden suponer una predisposición a la violencia en estos sujetos, dado que, en estados normales, la serotonina es capaz de regular los estados de ánimo, la excitación, la agresividad, el impulso sexual, los impulsos violentos y los estados de angustia (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014). Por tanto, tal y como señala Alberto Pintado Alcázar en su tesis doctoral (2017), el ímpetu del sujeto dependerá de los niveles de serotonina en su cerebro: este neurotransmisor en un estado anómalo adoptará un papel sumamente relevante sobre la conducta violenta, la escasa empatía y la falta de arrepentimiento de los asesinos en serie. De igual manera, los andrógenos pueden guardar una estrecha relación con la agresividad de estos sujetos,

estando favorecida por altos niveles de concentración de testosterona en sangre y en saliva, siendo ésta destacable en multitud de criminales violentos.

En cualquier caso, los asesinos seriales muestran una singular característica que los desiguala del resto de criminales, y es que estos sujetos exhiben, desde el momento en el que nacen, una predisposición especial a la violencia y a la agresividad que se manifiesta en función del entorno en el que trascorra su infancia y adolescencia (Pintado Alcázar, 2017). Si este ambiente no deviene propicio para el desarrollo adecuado de estos sujetos, puede que surja en ellos una disposición determinante para que en un futuro no muy lejano inicien una carrera criminal (Ibíd, 2017).

En este sentido, existe toda una amplia diversidad de circunstancias sociales que, influyendo en los sujetos que presentan una predisposición biológica latente (o no, puede que biológicamente devengan plenamente adaptados), pueden llegar a crear un contexto de riesgo que favorezcan la formación de sujetos antisociales. Para ello, diversos autores se han centrado en la infancia de estos individuos para intentar explicar cuáles han sido las causas explicativas de sus instintos asesinos seriales, destacando el ámbito familiar como una de las principales esferas de influencia y sobre la cual vamos a centrar nuestra atención y nuestro análisis.

Según Borrás Roca (2002), existen, tal y como hemos mencionado anteriormente, una serie de factores genéticos y biológicos que desarrollan, desde el mismo momento en el que nacen, diversas alteraciones cerebrales de base hereditaria en los asesinos en serie. Estas deficiencias dificultarán en estos individuos el control de su agresividad, su sexualidad e, incluso, la aparición de sentimientos normalizados considerados propios de toda la sociedad. Sin embargo, señala este autor, la mera connotación violenta innata no es suficiente para que un sujeto emprenda una carrera criminal de asesinato serial. Para que esto ocurra deviene necesario, además, adoptar ciertas conductas violentas en el seno de su entorno familiar:

“quién nació con una predisposición biológica a matar, si su familia, si su vida (especialmente en el período de la infancia) o si sus experiencias biológicas o sexuales han sido desfavorables o con unas características determinadas, es posible que este sujeto acabe volviéndose un peligroso criminal” (Borrás Roca, 2002, pp. 27-27).

Dicho de otra forma, la mera presencia de factores individuales no es capaz de originar que un sujeto abandone toda humanidad innata para convertirse en una sombra criminal alejada de su condición natural. En efecto, si bien las circunstancias individuales poseen una fuerte influencia en estos sujetos, no podemos perder de vista el contexto social y su interacción con dichos factores, creándose así un *“complejo entramado de procesos recíprocos entre lo individual y lo social”* (Etcheverry, 2009, p. 512)

Igualmente, Morillas Fernández (2007) muestra una clara actitud opuesta a las afirmaciones que defienden la relevancia del rol fundamental que poseen las circunstancias genéticas y biológicas sobre la conducta violenta de los asesinos seriales. En contraposición, este autor advierte que es el entorno más cercano a estos individuos el que posee un valor elemental. En efecto, advierte que la incidencia de factores negativos durante la infancia y adolescencia de estos sujetos es lo que, con el tiempo, generará un progresivo aislamiento social y la creación de fantasías violentas; todo ello unido al abandono de las pautas comportamentales aceptadas por la sociedad.

Por su parte, Fernández Vásquez y Sánchez Salas (2014) señalan que es la agresividad la que deviene innata en el ser humano; por el contrario, el control de la violencia y su intensidad dependerá de multitud de factores, siendo el entorno familiar uno de ellos. En este punto, el entorno social y familiar en el que un sujeto se desarrolla se muestra decisivo en la génesis de un asesino serial, poseyendo este ámbito el poder de encauzar el exceso de violencia en el sujeto y de conseguir que éste aprenda a controlarlo. Por ello, pese a que la genética y la biología juegan un rol relevante en la formación de estos individuos, es cierto que la comunidad científica atribuye mayores “culpas” a un entorno social y familiar desadaptado, inundado de maltrato, abusos, abandono, ausencia de algún progenitor, alcoholismo y drogadicción de los padres y prostitución. Todos ellos supondrían factores decisivos en la formación de un asesino serial.

Por este motivo, para intentar responder a la eterna cuestión, formulada en múltiples ámbitos de la vida diaria y el mundo académico, sobre si asesino en serie se nace o se hace, deviene sumamente necesario abordar otro tipo de factores de carácter exógeno. En este sentido, existen corrientes científicas que sitúan a los distintos factores biológicos existentes como una predisposición genética a la criminalidad. Esta predisposición generará, en algunos casos, una vulnerabilidad acentuada sobre determinados individuos bajo determinadas influencias sociales y ambientales

(Cuquerella Fuentes, 2004). De esta forma, tal y como menciona Ángel Cuquerella Fuentes en su artículo *Asesinos en serie, clasificación y aspectos médico-forenses*, solamente podemos advertir que la “potencialidad” criminal desarrollada por una genética y una biología relacionadas con la violencia se convertirá, únicamente, en “realidad” cuando exista un sustrato ambiental propicio para que ello ocurra (Ibíd, 2004)

IV.III Factores familiares: estilos de socialización/educación parental.

Para seguir analizando más profundamente los distintos factores de riesgo que pueden intervenir en el origen del fenómeno del asesinato serial, debemos dirigir nuestra atención, de forma especial, sobre el entorno y el ambiente que rodean a los individuos. Por ambiente social entendemos todas aquellas interacciones llevadas a cabo entre los sujetos, el ambiente en el que se encuentran, las actividades que llevan a cabo en el seno de éste, la existencia de normas no escritas que guían la conducta (normas descriptivas y prescriptivas, moral y valores) y las expectativas existentes sobre cómo llevar a cabo dichas interacciones (Gerrig & Zimbardo, 1992). En el seno de este entorno, las esferas que mayor envergadura adquieren para el sujeto son la familia, por un lado, y la escuela, por otro; siendo ambos contextos aquellos en los que una persona transcurre la mayor parte de su desarrollo y crecimiento, etapas en las que la personalidad es ahormada y moldeada (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014).

De este modo, para aproximarnos al perenne interrogante sobre el origen de los asesinos en serie y lograr hallar una clarificación ajustada a éste, deviene imperativo prestar atención tanto a la etapa pueril como a la preadolescente y adolescente de estos sujetos. Esto es así dado que, en estos periodos vitales, estos individuos pueden haber sido víctimas de abuso y maltrato infantil, en muchas ocasiones, a manos de sus familiares más cercanos (normalmente, por parte de sus figuras paternas y maternas). Como consecuencia, estos episodios marcarán sus vidas y generarán en ellos toda una serie de perturbaciones que los llevarán a desarrollar en su adultez multitud de conductas agresivas y violentas, incluyendo en ellas el asesinato serial. (Pintado Alcázar, 2017).

En este sentido, Pintado Alcázar advierte que, si observamos las vidas e infancias de muchos asesinos seriales, podremos advertir la presencia de maltrato psicológico en prácticamente la mayoría de ellos. Pilar Abeijón Castro, en su libro *Asesinos en serie*,

advierte la imperiosa necesidad de abordar la posible influencia social sobre este tipo de sujetos, alegando que *“cuando un asesino ha vivido entre malos tratos físicos o psicológicos, revivirá los abusos padecidos, pero esta vez en el papel de agresor, recreándose una y otra vez en cómo será su venganza”* (2005, p. 61).

De igual modo, las relaciones intra e inter familiares de los asesinos seriales destacan por ser disruptivas (Torres Delgado, 2016). Según esta autora, muchos de estos sujetos provienen de hogares que, aparentando pertenecer a la clase media y gozar de plena normalidad, en realidad presentan numerosos conflictos internos, como por ejemplo padres que consumen sustancias adictivas y alcohol, que se involucran en actividades ilícitas, que presentan historiales psiquiátricos y que, en muchas ocasiones, maltratan y abusan de sus hijos.

También podemos hallar diversos enfoques teóricos sobre el aprendizaje, según los cuales, los asesinos en serie llevan a cabo un “modelado comportamental” por el que repiten toda una serie de conductas que han percibido y contemplado a lo largo de sus infancias. Por otro lado, el aprendizaje vicario también hace posible que estos individuos aprendan, de forma directa e indirecta, ciertos comportamientos violentos. En este sentido, es la familia la que debe garantizar que el infante pueda llevar a cabo una infancia en un ambiente pacífico y seguro; no obstante, en la práctica esto no siempre es así. Según el psiquiatra Joel Norris (1990), existen diversos ciclos de violencia generacionales que quedan plasmados en el abuso llevado a cabo por padres a hijos. Estos menores, educados en un ambiente rodeado de violencia y abuso en sus infancias, puede que en su edad adulta empleen la violencia como principal método de resolución de conflictos. Igualmente, la crianza en un ambiente gélido y distante puede acabar siendo contraproducente al generar ausencia de lazos afectivos y mal apego. En este punto, tal y como advierten Ressler, Burgess y Douglas en su libro *“Sexual homicide: Patterns and motives”* (1988):

“Para los niños que están en crecimiento, la calidad de sus apegos hacia los padres y hacia otros miembros de la familia es de suma importancia, en la medida en que estos niños en su vida adulta se relacionan y valoran a otros miembros de la sociedad.” (p. 19)

Por su parte, Ressler y Shachtman (2014) afirman que, tras una crianza inadecuada, el sujeto crecerá aprisionado en sus fantasías de control y dominio, no siendo capaz de desarrollar y mostrar sentimientos de empatía hacia el resto del mundo.

De acuerdo a Douglas et al. (1999), los asesinos seriales son sujetos que, en sus infancias, desarrollaron un apego deficiente hacia sus figuras paternas y maternas, así como toda una serie de vivencias traumáticas, creciendo rodeados por un mundo interior inundado de fantasías criminales y pensamientos desviados. Asimismo, en un estudio a una muestra de 26 asesinos provenientes de hogares violentos y disfuncionales, Raine et al. (2003) identificaron como factores de riesgo en la esfera psicosocial de este tipo de sujetos los siguientes requisitos: haber sido víctima de maltrato físico y abuso sexual en la infancia, haber sido objeto de abandono infantil, haber crecido en el seno de hogares descompuestos y haber sido testigo de conflictos familiares de naturaleza grave, entre otros.

Consecuentemente, la esfera familiar y, de forma especial, las figuras paterna y materna, pueden ostentar una influencia determinante en la génesis de un asesino serial y en la construcción de su personalidad. El estilo de crianza y de disciplina llevadas a cabo por los progenitores pueden poseer una causalidad significativa en este fenómeno criminal. Por ello, si la educación y el ambiente familiar resultan criminógenos, es muy probable que esto afecte a las estructuras psicológicas y comportamentales de los sujetos; ya que, en la mayoría de estos, la presencia de maltrato psicológico durante la niñez se convierte en una constante (Pintado Alcázar, 2017).

A este respecto, el psicólogo John Borkowski clasificó a los padres en cuatro modelos educativos distintos, y asignó diversas posibles características de personalidad que desarrollarían los infantes de acuerdo con cada tipología (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014). La primera de ellas responde a un estilo educativo dictatorial, donde los progenitores se muestran distantes, fríos, severos, intransigentes y poco afectuosos, y los niños acaban desarrollando una personalidad retraída, aislada, hostil, asocial y un apego anormal a sus progenitores. El segundo modelo se trata de un estilo de crianza permisivo, con padres permisivos, indulgentes e incapaces de establecer límites en la conducta de los menores, y niños con una fuerte impulsividad e inestabilidad emocional. Un tercer tipo educativo se mostraría como un estilo de crianza negligente, junto con unos progenitores poco implicados e indiferentes en el bienestar de los menores y unos niños caracterizados por desarrollar desapego emocional hacia sus padres y ausencia de empatía. Estos tres modelos de crianza pueden generar que el menor crezca y se desarrolle en un entorno en el que surjan determinadas condiciones que generen en los menores una aversión y un resentimiento hacia el mundo exterior que les haga adoptar

una conducta violenta y antisocial. Por el contrario, un estilo educativo autoritativo donde los padres muestren una crianza afectiva y empática, así como firme y estricta, impulsando la independencia del menor y contribuyendo a una construcción sana de su personalidad, generará menores empáticos, asertivos, prosociales e independientes.

Por lo tanto, el desarrollo de un comportamiento prosocial y un proceso psicoafectivo adecuado se encuentra estrechamente ligado a las influencias maternas y paternas que el menor recibe desde su etapa pueril (Cuquerella Fuentes, 2004). Igualmente, diversos estudios llevados a cabo por Robert Hare (1970), Zelda G. Knight (2006) y Hilda Z. Morana et al. (2006) sostienen la importancia que puede llegar a cobrar una crianza negligente sobre los primeros años de vida de un infante en cuanto al desarrollo de un trastorno psicopático y una posterior carrera delictiva. Por su parte, Lluís Borrás Roca (2002) encabeza un estudio llevado a cabo sobre una muestra de 97 sujetos internos en instituciones penitenciarias, llegando a la conclusión de que, a más factores negativos y de riesgo en el entorno familiar, mayor deviene la predisposición de los individuos a la violencia. De igual forma, Ángel Cuquerella Fuentes (2004) señala una clara influencia en la posterior carrera criminal de un sujeto si nos centramos en la figura materna como principal catalizador de carencias afectivas y dificultades para desarrollar conductas empáticas que fomenten una relación social plenamente integrada. Seguidamente, la figura paterna también ejercerá un rol de sociabilización sumamente relevante: en el caso de que el padre esté ausente, será incapaz de ejercer una crianza efectiva y proactiva; si, por el contrario, el padre compone la unidad familiar, pero es sumamente violento con los integrantes de esta, inculcará de forma directa e indirecta en el infante modelos de conducta violentos que servirán para que, en un futuro, éste posea mayores factores de riesgo para construir una carrera criminal de carácter serial.

De este modo, la existencia de malos tratos de carácter psicológico, físico y sexual generarán una conducta egocéntrica (la cual le seguirá hasta su edad adulta) y la falta de vínculo emocional (y, por ende, la ausencia de desarrollo emocional), sembrando respuestas desadaptativas y violentas frente a situaciones de tensión que se materializarán en forma de agresiones (tanto a humanos como a animales), trastornos de la conducta (piromanía) e hiperactividad y/o déficit de la atención o TDAH que, consecuentemente, originará dificultades cognitivas o mermará sus habilidades sociales.

Asimismo, Robert K. Ressler y Tom Shachtman (2005), durante su estudio llevado a cabo sobre asesinos seriales en el cual llevó a cabo diversas entrevistas con el objetivo de encontrar una respuesta a la incógnita del origen de estos sujetos, descubrieron que la totalidad de su muestra fue víctima de malos tratos psicológicos durante su etapa infantil. Destacando así que, si bien no todos los infantes que crecen rodeados de un ambiente familiar violento y con ausencia afectiva acabarán convirtiéndose en asesinos despiadados y derivando en personalidades antisociales; ésta se trata de una circunstancia que sí se encuentra presente en prácticamente todos los individuos violentos (Ibíd, 2005). Ambos autores, en vista de sus hallazgos, advirtieron en su obra que *“las personas que han tenido una infancia muy deficiente no son adultos completamente normales”* (2005, p. 129), destacando que *“(…) los adultos anómalos producen criaderos propicios al desarrollo de fantasías y conductas criminales, en detrimento de sus hijos y la sociedad”* (p. 129). Para un sujeto que acaba desarrollando una carrera criminal perpetuando asesinatos de forma serial, la violencia sufrida en su infancia se torna crucial. Joel Norris advierte en su obra *Serial Killers* (1990) que aquellos infantes que crecen rodeados de violencia acaban confiando, casi de forma instintiva, en ésta como principal recurso para solucionar cualquier conflicto. Además, el maltrato al que se ven expuestos genera en ellos una escasa empatía hacia los demás, desconfianza, pérdida de seguridad y dependencia.

Pese a lo anterior, no podemos restringir la causalidad del fenómeno del asesinato serial al ámbito de maltrato parento-filial, ya que existen otras situaciones que pueden dirigir al sujeto hacia el mismo resultado, generando un desarrollo psicoafectivo disfuncional: el abandono del menor por parte de sus progenitores, el alcoholismo de alguno de sus padres y la crianza negativa. Esto contribuirá a que el infante no reciba una educación adecuada y que carezca del apoyo emocional necesario para su crecimiento, el cual se desarrollará en un entorno cada vez más desamparado y generará que el menor crezca aislado del resto de la sociedad (Pintado Alcázar, 2017). Jorge Jiménez Serrano (2014) señala que aquellos infantes que crecen en un entorno social ineficaz anegado por la ausencia parental y la desestructuración familiar generan en él la creación de distorsiones cognitivas, desamparo emocional, inexistencia de habilidades sociales y ausencia de empatía y remordimientos.

Con todo ello, el menor recibe una falta de socialización por parte del agente primario más relevante que podemos hallar en el periodo de crecimiento y desarrollo de

éste: la familia. Tal y como afirman Ressler y Shachtman (2005), los niños, al obtener una inadecuada socialización, basada ésta en la violencia y en estilos afectivos fríos y negligentes, acabarán convirtiéndose en futuros asesinos seriales. Esto ocurre dado que los progenitores constituyen un mecanismo importantísimo de construcción social, ética y afectiva en el menor que le conduzca por el sendero de la legalidad. Sin embargo, la ausencia de esta educación y la presencia de un padre ausente y violento o una madre distante y maltratadora (o ambos a la par), copan las biografías de muchos asesinos seriales. Además, estos sujetos no comienzan a perpetrar actos criminales de forma repentina en la edad adulta, sino que estos ya aparecen en sus vidas desde una edad temprana, pero no consiguen llevarla a cabo dado que se encuentran bajo un férreo control parental en su hogar. Por ello, será durante la adolescencia (periodo en el que estos sujetos se encuentran más separados de su hogar y ya no están bajo el yugo de padres violentos) cuando comiencen a desarrollar sus fantasías y sus primeros actos violentos contra otras personas (niños, profesores, adultos) y/o animales indefensos (Pintado Alcázar, 2017). Este mismo autor advierte que, efectivamente, la conducta criminal no aparece de forma abrupta ni accidental, sino que distintos factores surgidos en la etapa pueril favorecerán que, en etapas posteriores, el sujeto emprenda una carrera delictiva. Carolina Torres Delgado (2016) señala que los daños emocionales sufridos durante la infancia no se hacen patentes hasta que el sujeto llega a la adolescencia o a la edad adulta. En estas etapas, los menores adoptan los roles de sus progenitores, convirtiéndose en individuos violentos que agredirán a cualquier ser vivo. De igual modo, Gil (1994) expone en su artículo que algunos menores, cuando alcanzan su edad adulta, acaban identificándose con sus agresores y terminan continuando ese mismo legado de violencia.

En este sentido, el desarrollo psicológico anómalo que se produce en estos sujetos debido a la negligencia y la violencia de sus progenitores ocasiona en estos la incapacidad de llevar a cabo habilidades sociales y sexuales adaptativas. Por este motivo, Ressler y Shachtman (2005) encontraron en su estudio que las tres cuartas partes de asesinos seriales de la muestra analizada habían mantenido experiencias sexuales antes de su adolescencia y que, además, habían tenido fantasías de agresión sexual entre los 12 y los 14 años. Análogamente, ambos autores descubrieron en un estudio dirigido a asesinos sexuales que, en su totalidad, fueron víctimas de maltrato, abuso sexual y negligencia en el hogar.

Como resultado, una forma inadecuada de educación y socialización por medio de la violencia física y psicológica durante la infancia puede llegar a generar que el menor acabe desarrollando una psicopatía, tal y como señalan Albert Bandura (1979) y Karina Borja y Feggy Ostrosky-Solís (2009). Igualmente, estos psicópatas habrían sido víctimas de malos tratos durante su infancia y, como consecuencia, el desarrollo psicológico y emocional habría sido defectuoso, al igual que su socialización e integración social (Salado San Pedro, 2015). De igual modo, ante la ausencia de estrategias prosociales de resolución de conflictos, en un futuro el sujeto hallará cobijo en sus fantasías violentas y allí encontrará el control y el poder que en la vida real no posee. Éstas, crearán un estado de embelesamiento y retraimiento social, desplazando el odio a sus progenitores hacia otros individuos. Estos, poseyendo características físicas y psicológicas similares a sus figuras parentales, les personificarán y se convertirán en blanco y objetivo del desahogo y alivio de estos sujetos (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014). Por ende, el individuo satisfará sus ansias de venganza por medio de distintos comportamientos ilícitos, como pueden ser los asesinatos, los secuestros o las agresiones sexuales (Jiménez Serrano, 2014).

En este punto, queda claro que la mayoría de estos sujetos han sido víctimas de numerosos traumas infantiles como el abuso y el maltrato físico, psicológico y sexual por parte de aquellos que se supone deberían haberles protegido (progenitores y demás familiares cercanos). Sin embargo, ello no significa que exista una causalidad irrefutable entre haber sufrido malos tratos en la infancia y convertirse en la edad adulta en asesinos seriales o psicópatas. Sin duda alguna, es necesario estudiar cada caso de forma exhaustiva y aislada para poder identificar aquellos factores que, bien de forma única o conjunta, han influido en la etiología de su instinto criminal. Pero, tal y como apunta Abeijón en su obra *Asesinos en serie* (2005), pese a no constituir una causalidad directa, sí supone un factor clave para comenzar a comprender el porqué de sus actos.

Por lo que, llegados a este punto, debemos preguntarnos lo siguiente: ¿siguen ambos progenitores roles idénticos de crianza y comportamiento como factor de riesgo en el crecimiento y desarrollo anómalo y violento de un menor; o, por el contrario, cada uno de ellos se suscribe a un papel distinto que, de forma desigual, genera en el infante toda una serie de secuelas que le dirigen a un futuro violento y criminal? Esta cuestión encuentra su respuesta en el seno de las diversas investigaciones de carácter empírico que señalan qué tipo de crianzas y qué patrones comportamentales de los progenitores pueden

influir en que un infante acabe convirtiéndose en un futuro delincuente y, más concretamente, en un asesino serial.

Ressler y Shachtman (2005), durante sus entrevistas a asesinos seriales, consiguen hallar un factor de riesgo común en muchos de estos sujetos, el cual, podría ser capaz de influenciar su personalidad y moldear sobre ella toda una serie de fantasías violentas y depravadas. En este caso, sus estudios demostraron la importancia de la figura materna durante los primeros siete años de vida del infante. Durante este periodo pueril, los niños aprenden a amar y a mostrarse empáticos hacia las demás personas; sin embargo, los asesinos seriales crecieron en un hogar donde no existían límites de conducta, se les negó por completo el afecto y nunca se les diferenció el bien del mal. Asimismo, en muchos casos se adicionaba a lo anterior la existencia de innumerables episodios violentos en el hogar. Por ello, ambos autores destacaron que muchos asesinos en serie fueron víctimas de maltrato durante sus infancias, siendo éste protagonizado por sus figuras maternas. Según ambos autores, los sujetos entrevistados advirtieron la presencia en sus vidas de madres distantes, frías, controladoras, dominantes y negligentes. De igual modo, madres que muestran escaso afecto y cariño a sus hijos, pueden desencadenar en ellos diversos trastornos comportamentales, aislamiento y una notable escasez de empatía (Torres Delgado, 2016). Esta autora advierte, además, la existencia de madres con un patrón comportamental excesivamente sobreprotector o, por el contrario, madres distantes y frías que no son capaces de proporcionar el afecto necesario para un desarrollo psicosocial adecuado en los menores.

Por otra parte, madres que exhiben conductas sexualizadas, que despiertan el interés sexual en sus hijos o que poseen ocupaciones laborales en el seno de la prostitución, devienen factores relacionados con la motivación criminal de los asesinos seriales y se asocia a los trastornos sexuales que, en ocasiones, estos presentan (Fernández Vázquez & Sánchez Salas, 2014; Sosa, 2010). Ambas autoras también señalan la existencia de patrones de conducta sobreprotectora o dominante y fría, los cuales influyen en la personalidad de estos sujetos. En muchísimos casos, se da la existencia de madres diagnosticadas de algún trastorno o enfermedad mental, así como de alguna anomalía o con largos historiales de abuso de sustancias y con una incapacidad patente para ejercer el rol de madres educadoras y afectivas sobre sus hijos (Ressler, 2010).

Al hilo de esta idea, Pincus y Lewis (2001) desarrollan una teoría denominada “la tríada neuropsicológica”, según la cual, todos los asesinos seriales comparten tres características: abuso y maltrato en la infancia, lesiones neurológicas y enfermedades psiquiátricas. Según ambos autores, el maltrato infantil liderado por la figura materna podría comenzar, incluso, antes del nacimiento del sujeto. En el útero materno, la madre puede llegar a consumir sustancias tóxicas que ocasionen daños cerebrales en el embrión, complicando su desarrollo.

En lo que respecta a las figuras paternas de estos individuos, lo cierto es que parecen presentar patrones comportamentales distintos al de las madres. Según Ressler y Shachtman (2005), muchos asesinos seriales advirtieron la presencia en sus infancias de padres escasamente vinculados emocionalmente a ellos, así como incapaces de establecer los límites definitorios entre el bien y el mal. Igualmente, padres violentos y/o controladores suponen un factor de riesgo para que los menores acaben aislándose y desconfiando del mundo que les rodea, refugiándose en sus fantasías y anhelando la búsqueda de venganza (Fernández Vásquez & Sánchez Salas, 2014). En estos casos, una figura paterna violenta puede socializar al infante de forma que éste crea que la agresividad deviene la única forma legítima para saciar sus deseos. Ambas autoras advierten, también, la existencia de sentimientos de impotencia frente a la incapacidad de desafío hacia la autoridad, lo cual genera que muchos asesinos seriales actúen buscando satisfacer sus fantasías de poder y control. Asimismo, rasgos de personalidad como la manipulación y la mentira patológica pueden verse causados por el miedo del menor al castigo violento perpetrado por la figura paterna. Por otro lado, la ausencia de esta figura también supone una constante en las infancias de muchos asesinos seriales (Ibíd, 2014).

Por tanto, queda patente que los dos factores más significativos en la génesis de un asesino serial son los paternofiliales. A este respecto, Robert Ressler explica que “en la infancia de muchos asesinos en serie se reproduce el esquema de la figura paterna ausente y de una madre fría, dominante o distante” (2010, p.280). Soria Verde, por su parte, advierte lo siguiente en su obra *Psicología de investigación criminal*:

“la negligencia de los padres en el cuidado de sus hijos es un factor de riesgo para que éstos desarrollen una personalidad psicopática y violenta; así, según algunos autores, se encuentra una mayor predisposición a la conducta violenta cuantos más factores negativos estuvieran presentes en la familia” (2007, p. 193)

Igualmente, es sabido que muchos asesinos seriales comienzan su carrera violenta y criminal dando caza a diversos animales que encuentran en su entorno. Primero comienzan con seres pequeños y, posteriormente, deciden dar muerte a animales más grandes; lo cual, en muchas ocasiones, esto les sirve a modo de “ensayo-error” para comprender mejor el acto de matar y las emociones y pensamientos que colapsan bruscamente en el interior de su psique (Ressler & Shachtman, 2005). Tal y como menciona Battle (2013), el maltrato y la crueldad hacia animales durante la niñez puede suponer una clara alerta de que el menor está siendo objeto de malos tratos en su hogar. De igual modo, si estas conductas no se frenan a tiempo debido al desentendimiento educacional y emocional por parte de los progenitores, es muy probable que estos actos acaben escalando hacia una violencia más grave en un futuro: el asesinato en serie.

Shachtman (2005) explica que, en muchas ocasiones, los progenitores no aportan afecto, cuidados ni apoyo psicológico al menor, por lo que éste acabará cometiendo actos agresivos contra otros seres indefensos, alegando que pese a que estos actos encuentran su inicio en la adolescencia, *“el pensamiento de estos actos y la causa que los produce viene de mucho antes, solo que está escondida bajo la superficie”* (Ibíd, 2005, p. 127). Este pensamiento, tal y como indica Felthous, proviene de un impacto acaecido como consecuencia del maltrato sufrido en la infancia. Esto generará en el infante la necesidad de proyectar el odio a sus progenitores hacia seres más débiles que él: los animales (Felthous, 1980). Por su parte, Beirne (2016) defiende que, dado que muchos de estos sujetos son varones, pueden estar adoptando una socialización violenta observada en el hogar, mediante la cual, se identifiquen con su rol paterno imitando las conductas violentas protagonizadas por sus padres sobre sus madres o sobre ellos mismos.

Sea como fuere, todo parece apuntar a que es la existencia de una infancia perniciosa desarrollada en un hogar roto y/o desestructurado en el que los progenitores del menor emprenden toda una serie de abusos y malos tratos sobre él uno de los factores clave que generan que el sujeto, en su adultez, perpetue toda una larga carrera criminal. Así, asimilando desde su etapa pueril que la violencia y las agresiones a otros seres vivos deviene en algo totalmente normalizado e impune, éste comenzará a llevarlas a cabo en su futuro. No obstante, afirma Pintado Alcázar (2017), son las distintas situaciones estresantes en las que se encuentre el sujeto las que acabarán determinando si éste opta por el camino criminal o no. Tal y como señala este autor *“Es muy frecuente que muchos asesinos en serie hayan pasado por una infancia muy desestructurada y que hayan estado*

influenciados por esos comportamientos negativos.” (2017, p. 71). Esta inadecuada socialización, junto con la ausencia de empatía y remordimientos, sirven como auxilio para que el individuo acabe convirtiéndose en un futuro asesino en serie (Skrapec, Violencia y psicopatía, 2008).

Hickey, en su obra *Trauma-control model in serial murder*, habla de la necesidad de que ocurran toda una serie de episodios traumáticos en la infancia de un menor para que éste se convierta en un futuro asesino (Hickey, 1996). Entre estos acontecimientos traumáticos podríamos señalar: la desestructuración familiar, el maltrato y el abuso durante la infancia y la existencia de un historial de consumo de drogas y alcohol en alguno de sus progenitores... Estas situaciones generarán en el sujeto sentimientos de ansiedad, estrés y frustración que generarán que éste se aisle de la sociedad y construya sus propias fantasías perversas. Para hacerlas realidad y resarcir su autoestima perdida y dañada como consecuencia de estos traumas, el sujeto acudirá al asesinato; haciéndole sentir poderoso frente a todas aquellas vivencias de vulnerabilidad y fragilidad que sufrió en su niñez.

Siguiendo esta misma línea, un estudio llevado a cabo por Torres Delgado (2016) con el fin de hallar diferencias y semejanzas entre una muestra de asesinos seriales que actuaron en EEUU y otros cuyo ámbito de actuación se situó en España, mostró lo siguiente: los asesinos en serie estadounidenses resultaron ser mucho más agresivos y sádicos al interactuar verbalmente con sus víctimas y al darles muerte que los españoles. Pero ¿cuál era la clave que diferenciaba a ambas muestras? El quid de la cuestión fue hallado en sus infancias, dado que los asesinos seriales estadounidenses mostraron una etapa pueril repleta de mayores infancias traumáticas; corroborando así las teorías que sostienen que una infancia nociva y un ámbito familiar disfuncional suponen un factor de enorme relevancia a la hora de convertirse en asesinos seriales y de desarrollar trastornos psicopáticos (Abeijón, 2005). Igualmente, este estudio demostró que el haber sido víctima de malos tratos durante la infancia suponía un nexo común entre todos aquellos asesinos seriales que cometían agresiones sexuales sobre sus víctimas antes de matarlas; corroborando así los estudios protagonizados por Antuña y Rodríguez-Franco (2007), en los que definieron como principal factor de riesgo en la creación de un asesino serial el haber sufrido malos tratos en el hogar y haber poseído una infancia traumática. Por su parte, Ressler, Burgess y Douglas (1988) defienden que una infancia nociva y dañina

puede llegar a generar en el sujeto toda una serie de fantasías de poder, control y dominación; fantasías muy presentes en los asesinos seriales.

En este sentido, tal y como afirma Abby (2004), los asesinatos seriales no se contemplan como eventos aislados en la vida de un sujeto, sino que, por el contrario, forman parte de un extenso proceso interno que se inicia en su infancia y se posterga hasta que perpetra su primer asesinato. Por ello, encontrados en este punto, debemos retomar la cuestión ya planteada con anterioridad en torno al enigma construido sobre la génesis de los asesinos seriales: ¿asesino se nace o se hace? Pues bien, tal y como afirma Hickey (1996), para que un sujeto se convierta en asesino serial, necesita de la existencia de toda una serie de predisposiciones de índole psicológica, social y/o biológica. Pero, aun así, dicha predisposición no basta. Para este autor, es necesaria la presencia de diversos acontecimientos traumáticos durante la etapa de desarrollo del sujeto para que éste se convierta en asesino serial. De igual modo, Pintado Alcázar (2017) destaca que una predisposición biológica o genética a la violencia no supone una incompatibilidad frente a los factores familiares. A este respecto, señala que el mero padecimiento de disfunciones cerebrales no deviene causa imperativa para que el sujeto comience a matar de forma serial. Por el contrario, sería necesario que se diesen diversas situaciones exógenas (maltrato infantil, familias rotas y/o desestructuradas, problemas familiares...) que supusiesen un detonante para convertirse en asesino serial; demostrando así las premisas emanadas por Dutton y Hart (1992), quienes sostienen que aquellos individuos que presentan abusos infantiles o negligencia por parte de sus progenitores poseen una mayor probabilidad de convertirse en asesinos en serie violentos. Siguiendo esta línea, Pintado Alcázar (2017) destaca que, pese a que algunos individuos presentan toda una serie de mínimas premisas para convertirse en un asesino serial, no todos ellos acaban haciéndolo; dado que será la existencia de factores externos al sujeto los que desencadenarán una futura carrera criminal. Desde el punto de vista de este autor:

“la incidencia de una infancia desestructurada influye con mayor vehemencia en los sujetos criminales, ya que durante esa etapa vital es cuando se absorbe toda la información que se presencia, y el hecho de que sus padres estén involucrados en esas acciones condiciona aún más la posible realización de una conducta lesiva, ya sea como simple imitación de los hechos visionados o con un aumentando deliberado de la violencia ejercida sobre la víctima. [...] Por ello, es importante resaltar que el estudio de estos individuos delata una serie de

heridas dentro de la personalidad del menor, atribuidas desde la infancia, las cuales son el resultado de los defectos y perturbaciones precoces que se producen en el entorno familiar y que perduran en el sujeto” (2017, p. 82)

Afirmación que se corresponde con el estudio llevado a cabo por Torres Delgado y del cual ya hemos hablado anteriormente. Ressler, Burgess y Douglass exponen la importancia de una infancia fallida como precursor para una vida repleta de asesinatos seriales:

“tras esta fallida infancia, el individuo crece acompañado por sus fantasías de dominación y control, no experimentando simpatía ni remordimiento por los demás, ya que toda persona es reducida a un nuevo símbolo que puede ser manipulado de acuerdo con la fantasía de turno” (citado en Antuña & Rodríguez-Franco, 2007, p. 61)

Robert Ressler (2010), por su parte, señala que, independientemente de la predisposición biológica existente, los dos factores que más influyen en la génesis de un asesino serial son los paternofiliales, señalando la presencia de un padre ausente y una figura materna fría, dominante o distante. Como consecuencia, los asesinos seriales desean cobrar venganza por esos malos tratos, adoptando en esta ocasión el rol de maltratador. Por este motivo, la forma escogida para dar muerte suele ser aquella que emplea como mecanismo lesivo su propia fuerza: golpes, degüellos, estrangulamiento... (Abeijón Castro, 2005)

Es por esto que, indistintamente de los factores biológicos y genéticos predisponentes a la violencia que padezca un sujeto, la existencia de madres y padres deficientes y/o ausentes es lo que puede devenir realmente pernicioso (Fernández Vázquez & Sánchez Salas, 2014).

Pero, de nuevo, surge una nueva cuestión que debemos abordar y responder si anhelamos entender la verdadera significación que el ámbito familiar y (más concretamente) los estilos educativos de los progenitores poseen sobre los infantes que acabarán convirtiéndose en futuros cazadores de hombres: ¿poseen ambos progenitores la misma envergadura a la hora de favorecer la génesis de un asesino serial? Para encontrar la respuesta, debemos atender a los diversos estudios llevados a cabo sobre esta temática.

Según Freggy Ostrosky-Solís (2008), la relación maternofilial constituye un papel clave en la adopción de la violencia extrema por parte de los asesinos seriales. Para Ressler y Shachtman, la figura más relevante en la etapa pueril de un sujeto (desde su nacimiento hasta la finalización de su primera infancia) es su propia madre (Ressler & Shachtman, 2014); por lo que, si ésta se muestra distante y sin apego emocional hacia el menor, generará que éste acabe desarrollando conductas violentas. Torres Delgado señala que la influencia que una madre juega en la vida e infancia de un sujeto deviene imprescindible (2016) y Fernández Vásquez y Sánchez Salas, por su parte, señalan en su artículo lo siguiente:

“gracias a varias investigaciones a asesinos seriales, se puede ver que la madre es quien más influye en la construcción de la motivación criminal y sobre todo está asociada a los trastornos de la conducta sexual” (2014, p.6)

Pero ¿a qué se debe que la figura materna pueda constituir una pieza clave en la génesis de un asesino serial?

Para Pont Amenós y Sauch Cruz (2008), esta importancia radica en la necesidad que posee el infante durante sus primeras experiencias vitales de conectar con su figura materna para construir su arquitectura cerebral y neuronal, así como desarrollar su personalidad; por lo que durante esta etapa es imprescindible que las personas posean una relación emocional y un contacto físico adecuados con sus madres. Asimismo, Donald Woods Winnicott, pediatra, psiquiatra y psicoanalista que enfocó su carrera al estudio de las relaciones maternofiliales (más concretamente, la relación madre-lactante), señala lo siguiente. Si el infante crece en un hogar positivo junto con una figura materna que muestra preocupación e interés suficientes sobre él, éste podrá desarrollar una empatía y un sentido de la culpa (responsabilidad y remordimientos sobre la propia culpa) acorde con la mostrada por el resto de la sociedad (Winnicott D.,1984). En este sentido, Winnicott sostiene que, durante el primer año de vida del sujeto, madre e hijo son un mismo ser. Con posterioridad, el sujeto se aleja paulatinamente de su figura materna, independizándose de ella y mostrándose ésta como un “yo auxiliar” (Ibíd, 1984, p. 124). De esta forma, el menor explorará su hogar de forma independiente con el objetivo de verificar que éste es un lugar seguro (a través de un control exógeno); por el contrario, si dicho control no existe, el infante acudirá a una fuente de seguridad externa y ajena a sus progenitores. Si esto ocurre, el menor, en lugar de ganar cierta confianza y autonomía con

respecto a su entorno, acabará acudiendo a un control ejercido por la sociedad, la cual deberá responder a su petición de auxilio y ejercerá el control que deberían de haber cumplido los agentes de socialización primarios más relevantes: la escuela y la familia.

Según este autor, un menor se convierte en antisocial al haber sufrido una privación de algo positivo que poseyó pero que se le fue arrebatado. A tal efecto, Palermo (2008), Bowlby (1954) y Cleckley (1988) señalan que los vacíos afectivos en las relaciones maternofiliales durante los primeros tres años de vida del infante conllevan innumerables secuelas para el menor y para su desarrollo psicosocial. Como consecuencia, el menor crece de forma aislada y reprimida, dado que no ha sido capaz de construir una socialización adecuada con el mundo exterior. Según Bowlby y Winnicott, dicha privación de los cuidados maternos y la relación madre e hijo pueden conllevar al desarrollo de psicopatologías y carencias afectivas precoces, las cuales gozan de especial relevancia en el origen de los asesinos en serie y los psicópatas.

Siguiendo la misma línea, Bowlby (1954) señala en su obra lo siguiente. Y es que, para el infante, su figura paterna goza de un puesto secundario, lugar que tan solo ostentaría la primera posición cuando éste sintiese el riesgo de un posible despojo del afecto materno. Asimismo, destaca este autor que las funciones del padre radican, además del necesario sustento económico en el hogar, en mantener un estado emotivo eufórico en la madre para que el desarrollo del infante pueda devenir óptimo. En palabras de Bowlby:

“en todo lo que sigue de este trabajo, las referencias a la relación materno-filial surgirán continuamente y será muy poco lo que digamos de la paterno-filial. No obstante, debe sobreentenderse el valor de ésta en cuanto afecta al sostenimiento económico y equilibrio emocional de la madre” (1954, p. 16)

Muchos especialistas de la infancia se percataron de un nexo común que azotaba la existencia de muchos jóvenes delincuentes habituales dedicados al robo, a la violencia, a los delitos sexuales y al egoísmo patológico: todos ellos habían sufrido severas perturbaciones en la relación con sus figuras maternas durante la primera infancia. Muchos de ellos presentaban los rasgos propios de una personalidad psicopática: superficialidad afectiva, ausencia de sentimientos sinceros, despreocupación por los demás, escasa reacción emotiva ante estímulos en los que ésta debería estar presente, insinceridad y mentira patológica, etc.

Este autor prosigue este análisis advirtiéndole que la vulnerabilidad de un menor ante la privación del afecto materno puede llegar a extenderse hasta la primera infancia, en la cual ésta todavía es muy fuerte. Tras esta etapa, dicha vulnerabilidad decrecerá de forma muy paulatina (Bowlby, 1954)

Al mismo tiempo, el psicoanálisis aporta diversas teorías que sustentan la idea de la importancia de la figura materna en la vida de un infante que, en su futuro, acabará perpetrando asesinatos en serie. Según estos enfoques, tanto para una niña como para un varón, la figura materna supone el primer objeto de amor: él lo hace material mediante un complejo de Edipo y ella sustituye dicha figura por la paterna (Senglán Sención, 2018).

La psicopatía, así como los sujetos con este trastorno de la personalidad que acaban convirtiéndose en asesinos seriales, quedan englobados en el seno de las perversiones (Torres Delgado, 2016). En este sentido, un sujeto perverso será aquel que perpetre acciones que devengan transgresoras de las normas morales y sociales de una comunidad, las cuales se dirigirán hacia la búsqueda insaciable de placer (el cual, a su vez, tan solo podrá ser adquirido mediante la transgresión) (Dor, 1995). Por ello, para comprender la elección perversa de estos sujetos, debemos dirigirnos al entendimiento de la problemática fálica; empleando, para su entendimiento, los tiempos del Edipo Lacaniano, esto es, los tiempos lógicos (que no cronológicos) que nos auxiliarán a estructurar la formación clínica y la constitución de este tipo de individuos. En el tema que nos ocupa, el Edipo Lacaniano se encuentra dividido en tres fases temporales. Según Dor, en el primer tiempo se produce el ternario imaginario (niño-falo-madre), en función del cual, el menor desea serlo todo para su madre, incluido su objeto de deseo. Esta fase encuentra el origen de estas transgresiones perversas en la identificación pregenital (fálica) con el falo materno. Así, en un primer momento, el infante piensa que el miembro fálico lo posee la madre, la cual se muestra como *“omnipotente y todopoderosa”* (Torres Delgado, 2016, p.132); pero posteriormente, éste se percatará de que la madre no lo tiene, por lo que será él mismo quien la complete, atribuyéndose el falo a sí mismo. Lacan (1996), a este respecto afirma que:

“su relación [está] constituida en el análisis no por su dependencia vital sino por su dependencia de amor, es decir por el deseo de su deseo, se identifica con el objeto imaginario de este deseo en tanto que la madre misma lo simboliza en el falo.” (p. 554)

No obstante, esto no dura mucho tiempo, ya que pronto aparece la figura paterna que, a modo de Ley simbólica, le demuestra que no es él quien completa la falta de su madre; apareciendo así la idea de la intrusividad del padre y la angustia de la castración con sus consiguientes reacciones defensivas. Nos encontramos, por tanto, en el segundo tiempo. Aquellas reacciones que perduren serán las que delimiten la estructura psicológica del menor. Con el tiempo, la figura paterna debe de intervenir en este complejo de Edipo de tal forma que el menor no quede aprisionado por el deseo hacia su madre. Aquí, se debe dar una castración simbólica del infante, en la cual éste se percate de que a su madre quien la complementa es la figura paterna. Cabe destacar que, tal y como indica Bleichmar (1968), la figura del padre se trata de una idea simbólica que puede suponer cualquier cosa o circunstancia que lleve a cabo la función de castración simbólica. Esto es, sin padre simbólico no existe castración simbólica. Para ello, un significante debe de sustituir al otro; dicho de otro modo, el padre debe colocarse en el lugar de la madre. Sin embargo, en el caso de un sujeto con una estructura perversa ocurre que, para él, no se ha producido la falta del Otro; es decir, la falta de su madre como componente del binomio madre e hijo. Al contrario, éste identifica en ella el objeto de la libido que le garantiza el placer. Esta estructura perversa también comprende diversas desviaciones sexuales, como pueden ser: la necrofilia, la zoofilia, el sadismo, la pedofilia... De este modo, el sujeto perverso fallará en esta fase, en tanto que su figura paterna no será conducida a este registro simbólico; de modo que optará por eliminarla y proclamar nuevamente a su figura materna como todopoderosa. Como consecuencia, la estructura perversa del infante se construye debido a esta ambigüedad surgida por un padre ausente y una madre seductora. En este punto, es la madre quien mantiene con el menor una relación de complicidad erótica. Tal y como señala Bleichmar, madre e hijo *“quedan instaurad[os] como instancias que están más allá de cualquier personaje”* (1968, p. 85)

Surge, así, el tercer tiempo. Siendo el padre desterrado por el menor, éste cederá el poder a la figura materna; situación que reforzará aún más la imagen de la gran madre omnipotente, la madre fálica que jamás abandonará al sujeto perverso. No obstante, dado que ésta no posee dicho falo y el menor no es capaz de complementarla, surge el fetiche como anulación de la idea de castración. Dicho en otras palabras, *“el fetiche [se presenta] como sustituto simbólico de falo, velando por el falo que le falta a la madre y tornándose este en el operador simbólico central”* (Nava, 2019, p. 37), ocupando así el significante

de la Ley simbólica. Esta representación es la que perseguirá al individuo en su búsqueda de mujeres o, en el caso de los asesinos seriales, de víctimas (cuando éstas representen la imagen de su figura materna). Por ello, advierte Dor (1995) que la figura parental más importante en la vida de un menor es su madre. En este sentido, el menor se podrá encontrar ante dos ideas distintas de madre: la “virgen” que se presenta como una mujer fálica angelical e impoluta; o la “puta”, la madre sexuada que se hallará sucia por el deseo. Ambas representaciones influirán de modo muy distinto en la forma en la que el sujeto contemplará el mundo que le rodea y le despertará o no las ansias de transgredir las normas sociales y morales.

En el caso de que la madre sea vista a modo de figura lasciva, puede generar que el menor no establezca ninguna alianza con ella; sino todo lo contrario. En lugar de identificarse con su figura materna, acabará desarrollando una fuerte ambivalencia hacia ella. Este sentimiento de amor-odio surgido entre madre e hijo es lo que, según Fox y Levin, generará que este sujeto acabe cometiendo asesinatos seriales contra toda una serie de mujeres que le recuerden a ella. Tal y como refieren ambos autores: *“un asesino que ataca a las prostitutas está actuando bajo un sentimiento de hostilidad que tiene sobre su propia madre, a la cual ve como a una puta”* (2015, p. 111)

Por lo tanto, podemos resumir las consecuencias de una influencia ambiental y unos estilos de crianza y socialización negativos en un infante de la siguiente forma: un niño que durante su etapa pueril deviene desatendido o víctima de malos tratos sin ser capaz de emplear sistemas defensivos adecuados, se verá envuelto en una situación de tensión constante que le dirigirá a un aislamiento social (Abeijón Castro, 2005). Tal y como menciona un proverbio africano, *“el niño que no sea abrazado por su tribu, cuando sea adulto, quemará la aldea para poder sentir su calor”*. Por lo que en el seno de este ostracismo autoimpuesto, este individuo, heraldo de la soledad y el rechazo, acabará percibiendo su entorno como un terreno hostil; de forma que:

“[éste] posee una pobre opinión de sí mismo y rechaza una sociedad que según cree, lo ha echado de lado y en un momento dado se expresará por medio de actos antisociales que pueden conducirle al asesinato tratando de vengarse de la sociedad y de castigar a los que se encuentran a gusto en ella” (Bourgoin, 1993, citado en Abeijón, 2005, p. 57)

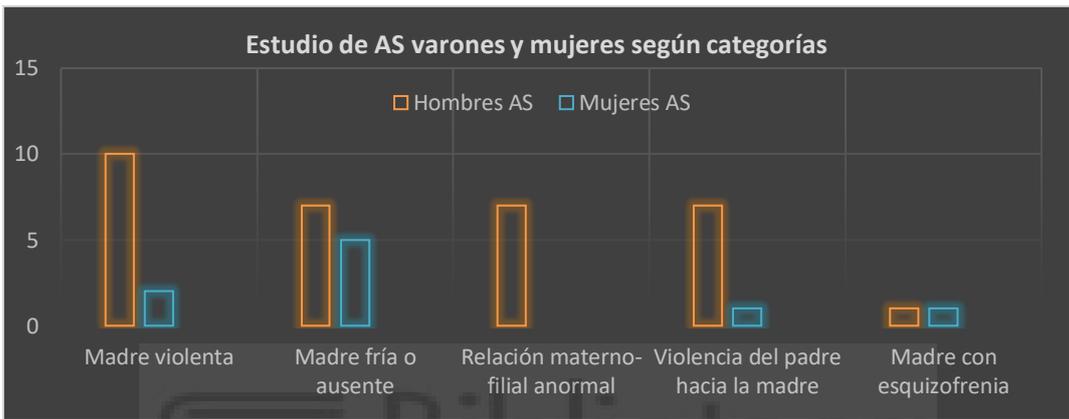
En lo que respecta a la mayor o menor relevancia de los progenitores en la vida de estos sujetos, hemos podido observar que son las madres las que ejercen una influencia innegable en la vida y carrera criminal de los asesinos seriales. De este modo, nuestra principal hipótesis queda respaldada y afirmada de forma teórica. No obstante, para reforzar nuestra teoría sobre el imprescindible papel que suele ostentar la madre en la vida de muchos asesinos en serie, vamos a analizar de forma exhaustiva la infancia y las relaciones maternofiliales de una muestra de sujetos que cometieron asesinatos de forma serial durante un determinado periodo de sus vidas.



V. Estudio de casos

Una vez revisadas las diversas discusiones científicas e investigativas sobre la temática objeto de estudio, procedemos a realizar un breve análisis de diversos asesinos seriales. El objetivo de esta revisión radica en corroborar la bibliografía existente sobre esta materia y descubrir si puede existir una relación entre haber crecido en un hogar anormal con la existencia de una figura materna dominante, fría, y violenta, así como un padre ausente o violento, y que un sujeto se convierta en un asesino serial. Para ello, se ha seleccionado una muestra de individuos asesinos en serie compuesta por 100 varones y 50 mujeres. Así, tras realizar un exhaustivo análisis de sus currículum vitae, se ha podido encontrar que, de la muestra compuesta por 150 asesinos en serie, 41 presentan una infancia marcada por el modelo educativo que protagonizan sus progenitores. Cabe destacar, no obstante, que ésta sería una perspectiva conservadora, dado que, tanto por motivos de concreción como por escasez de datos, se han señalado solamente los casos más graves de maltrato infantil encontrados en este estudio. Fuera de esta muestra de asesinos señalada, es muy probable que existan más sujetos que cumplan con estas características; sin embargo, la ausencia de información dificulta sobremanera este estudio.

El análisis realizado de sus infancias se expone en los siguientes gráficos de sector y de barras, en aras a proponer una muestra visual de la exposición que a continuación se hará sobre los datos obtenidos. Para realizar las distintas categorías de análisis, se ha utilizado la información obtenida de la revisión bibliográfica elaborada en el apartado anterior. Según ésta y los distintos autores analizados, las categorías más comunes que se encuentran presentes en las infancias de los asesinos en serie son aquellas relacionadas con sus figuras maternas: madres violentas y/o dominantes/castrantes; madres ausentes o madres frías emocionalmente; relación materno-filiar anormal; existencia de violencia por parte de sus padres hacia sus madres y demás miembros de la familia; y presencia de un trastorno mental en sus madres.



De esta forma, procedemos a exponer en las siguientes tablas los diversos asesinos seriales encontrados cuya infancia se caracterice por presentar algunas de las características anteriormente mencionadas:

En primer lugar, comenzamos con la categoría “Presencia de una figura materna violenta y/o dominante/castrante³. En este punto, se han seleccionado todos aquellos sujetos varones y mujeres que presentan en sus infancias una figura materna caracterizada por protagonizar modelos educativos plagados de violencia y dominancia. También se han incluido en este apartado aquellos casos en los que la progenitora ha sido sumamente castrante y ha reprimido la personalidad y el crecimiento del menor.

Presencia de una figura materna violenta y/o dominante/castrante	
Mikhail Popkov <i>“El Hombre Lobo de Angarsk”</i>	Su figura materna presenta problemas de adicción al alcohol y le maltrata físicamente cuando se encuentra en estado de embriaguez. Tal y como advierte el propio Mikhail tras ser

³ En este punto, hablamos de aquella tendencia a anular por completo la personalidad del menor, adoptando un rol fuertemente dominante sobre éste y sobre el resto de los miembros de la familia. Como consecuencia, la figura materna posee el control absoluto de las vidas y las decisiones de sus hijos.

	<p>capturado, esto genera en él odio y aversión hacia su madre, lo cual influye en la selección de sus víctimas, las cuales le recuerdan a ella.</p>
<p>Edmund Emil Kemper <i>“El Gigante de Santa Cruz”, “El Asesino de las Colegialas”</i></p>	<p>Crece bajo la sombra de una madre dominante y violenta que le humilla de forma constante. Es testigo del afecto que brinda a sus hermanas y al resto del mundo, pero a él le rechaza, le niega su cariño y le obliga a vivir en un sótano sin ventanas. Entre sus víctimas se encuentran su madre y diversas estudiantes universitarias que reciben de forma constante muy buen trato por parte de ésta.</p>
<p>Jerome Henry Brudos <i>“El Asesino Fetichista”</i></p>	<p>Su figura materna se muestra distante y le niega todo tipo de afecto. Además, ejerce violencia severa sobre él como método de educación y de castigo. Tal y como menciona en alguna ocasión el propio sujeto, acaba desarrollando un profundo odio hacia ella, de modo que sus fantasías sexuales desviadas se originan como consecuencia de ello.</p>
<p>Richard Kuklinski <i>“El Hombre de Hielo”</i></p>	<p>Durante su infancia y adolescencia, crece rodeado de la violencia que su figura paterna ejerce sobre su madre y sobre toda la familia. Él es maltratado físicamente por parte de sus dos progenitores. Su padre emplea violencia hacia él de forma muy asidua. Su madre, por su parte, defiende una férrea crianza basada en una disciplina física severa y una estricta educación religiosa.</p>
<p>Henry Lee Lucas</p>	<p>Sufre violencia física por parte de su madre, la cual se muestra fuertemente dominante y cruel con Henry. En alguna ocasión, viste al menor con ropajes femeninos o le obliga a visionar cómo ejerce la prostitución. De este modo, parece ser que la huella de violencia y manipulación por parte de su figura materna contribuye a que se desarrolle en él un odio visceral por las mujeres. Entre sus víctimas, destaca su madre.</p>
<p>José Antonio Rodríguez Vega</p>	<p>Según sus declaraciones ante los psiquiatras que lo tratan para determinar su imputabilidad, crece rodeado de malos</p>

<p>“El Mataviejas”</p>	<p>tratos protagonizados por una madre excesivamente dominante. Asimismo, fruto de una relación amor-odio con su figura materna, advierte que, en algún momento de su juventud (cuando éste tiene 12 años), llega a sentir cierta excitación sexual hacia ella, generando así una relación casi incestuosa. Durante el juicio, alega que sus violaciones a ancianas y sus asesinatos están movidos por el odio hacia ella, personificando a sus víctimas (las cuales suelen tener su misma edad, 64 años).</p>
<p>Pedro Alonso López “El Monstruo de los Andes”</p>	<p>Según expertos en psicología criminal, la conducta criminal de Pedro Alonso se debe al trato anormal de maltrato y dominancia recibido por parte de su figura paterna. Asimismo, su madre ejerce la prostitución en el propio hogar familiar, estando obligados sus hijos (incluido este sujeto) a presenciar escenas sumamente inapropiadas para su edad. Tal y como destaca un estudio realizado por la Universidad del Rosario, el maltrato recibido por su madre es crucial para que Pedro desarrolle un odio potencial hacia las mujeres, unido a la necesidad de adquirir poder sobre ellas mediante la violencia.</p>
<p>José Luis Calva Zepeda “El Caníbal de la Guerrero”</p>	<p>Cuando José Luís apenas tiene 2 años, su padre fallece y éste debe quedar a cargo, junto con sus otros cinco hermanos, de su madre. Al verse sobrepasada por la crianza en solitario sobrevenida de seis menores, ésta se refugia en el alcohol, lo cual genera en ella un patrón de conducta muy agresivo sobre los menores. Como consecuencia del incesante maltrato recibido por parte de su figura materna (en ocasiones, llegando a adoptar forma de castigos físicos de niveles exacerbados), José Luís acaba desarrollando un odio patológico hacia su figura materna; y, como consecuencia, hacia todas las mujeres.</p>
<p>Daniel Camargo Barbosa</p>	<p>Antes de cumplir un año, su madre biológica fallece y su padre contrae matrimonio con una mujer, quien adopta el</p>

<p>“El sádico del Chanquito”</p>	<p>papel de figura materna. Debido a diversas patologías mentales, su madrastra ejerce violencia física y psicológica sobre él: le obliga a vestir ropajes de niña (lo cual genera en él sucesivas humillaciones públicas), lo maltrata mediante golpes físicos y le recuerda constantemente que debería de haber nacido siendo una niña. Con todo, Daniel acaba desarrollando un especial odio hacia su madre y hacia todas las mujeres, especialmente las niñas. Ello se muestra en las características de sus víctimas: entre 71 y 151 niñas.</p>
<p>Gregorio Cárdenas Hernández “El estrangulador de Tacuba”</p>	<p>Desde su nacimiento, sostiene una relación patológica y enfermiza con su progenitora, por lo que crece bajo la sombra de una madre sumamente dominante y castrante, quien lo domina y lo reprime hasta su adolescencia.</p>
<p>Juana Barraza Samperio. “La Mataviejitas”</p>	<p>Durante su infancia, es maltratada de forma constante por parte de su figura materna. Ésta presenta una severa adicción al alcohol, por lo que en estados de embriaguez ejerce violencia física sobre ella. En alguna ocasión y cuando todavía es menor de edad, su madre prostituye a Juana a cambio de sustancias alcohólicas. Tal y como refiere Juana tras su detención, sus víctimas son escogidas porque le recuerdan a su figura materna.</p>
<p>Martha Beck “La asesina de los Corazones Solitarios”</p>	<p>Abandonada por su padre y criada bajo la sombra de su madre, Martha crece atormentada por una madre muy dominante y violenta. Durante su etapa preadolescente, Martha desarrolla una enfermedad glandular que, como consecuencia, genera en ella un desarrollo corporal y sexual precoz anormal para su edad. Su madre, a raíz de ello, vigila a la menor constantemente y no le permite entablar relación alguna con jóvenes varones.</p>

Tal y como podemos observar en los casos expuestos en la anterior tabla, la presencia de una madre violenta, dominante y castrante se relaciona, en muchas ocasiones, con el desarrollo de sentimientos patológicos de odio hacia ella y hacia otras

muchas mujeres. En el caso de muchos varones y una mujer (8 de 12 casos, en específico), esto influye sobremanera a la hora de “cazar” a sus víctimas, dado que pueden llegar a hacerlo sobre aquellas que se asemejan a sus progenitoras o sobre niñas. Asimismo, podemos observar que esta categoría se da más sobre hombres que sobre mujeres; lo cual podría, en parte, explicar por qué muchos de ellos eligen de forma exclusiva a mujeres como potenciales víctimas. En algunos casos, incluso, se observa a la figura materna como una de sus víctimas.

En segundo lugar, destacamos la categoría “ausencia materna o presencia de una madre distante y fría”. En ella, se introducen todos aquellos asesinos seriales cuya infancia se ha visto marcada por la búsqueda constante de afecto por parte de sus progenitoras y el rechazo que éstas han llevado a cabo sobre los menores; o por la ausencia y abandono de éstas. En algunos casos, se ha relacionado la ausencia materna con la consecuencia de la adopción del menor por parte de familiares violentos, así como por familiares que han protagonizado el rol de madres y su modelo educativo se ha visto marcado por una fuerte ausencia de afecto o indiferencia hacia el bienestar del menor.

Ausencia materna o presencia de una madre distante y fría	
Gary Leon Ridgway <i>“El Asesino de Río Verde”</i>	Desde su infancia, su madre se muestra distante, fría y dominante. Asimismo, constantemente le reprocha sus acciones, lo humilla en público y hace patente la ausencia de afecto hacia él. De este modo, Gary acaba desarrollando un patente odio hacia las prostitutas, dado que le recuerdan a la nefasta infancia que le ofrece su madre y a la forma en la que ésta viste en ocasiones (lo cual, además, genera en él la aparición de sentimientos de ira y de atracción sexual).
Richard Macek <i>“El Asesino con Cara de Niño”</i>	Su infancia se caracteriza por presentar constantes agresiones por parte de su progenitor, quien de forma recurrente ejerce violencia física sobre él. Su madre, en lugar de tomar partido, muestra una falta de protección desmesurada, permitiendo que su esposo sea violento con el menor. Como consecuencia, desarrolla un odio visceral hacia ella, lo que se refleja en sus asesinatos, dirigidos solo hacia mujeres cuyos cuerpos muerde con brutalidad.

<p>Luis Alfredo Garavito Cubillos <i>“La Bestia”</i></p>	<p>Sufre violencia física severa por parte de su progenitor y es rechazado de forma expresa por parte de su madre, de la cual no recibe ningún tipo de afecto. Asimismo, ésta adopta un rol pasivo cuando Luís Alfredo es maltratado por su padre, manteniéndose al margen y no dirigiendo esfuerzos en detener la agresión.</p>
<p>Francisco Guerrero Pérez <i>“El Chalequero”</i></p>	<p>En su infancia destaca la presencia de una madre sumamente dominante y violenta, que golpea a Francisco en repetidas ocasiones. Asimismo, destaca por ser una mujer asfixiante que le rechaza de forma directa y le niega todo tipo de afecto. Como consecuencia, este sujeto desarrolla un Complejo de Edipo no superado, lo cual genera que, a la hora de escoger a sus víctimas, las elija por su parecido físico a su madre.</p>
<p>Gerard John Schaefer <i>“El Carnicero de Blind Creek”</i></p>	<p>En este caso, no solo su madre se muestra fría y distante hacia Gerard, sino que éste también recibe la ausencia de afecto por parte de su padre. Ambos progenitores sobreprotegen constantemente a su hermana, Sara, haciéndole saber a Gerard que debería haber nacido siendo niña. Como consecuencia, comienza a desarrollar pensamientos suicidas debido a su incapacidad por complacer a sus padres. Asimismo, desarrolla fantasías fetichistas con ropajes femeninos y se desencadenan en él ideas misóginas que le llevan a cometer los asesinatos sobre mujeres.</p>
<p>Johann Unterweger <i>“Jack”</i></p>	<p>Es abandonado por su madre biológica, la cual ejerce la prostitución para ganarse de la vida. Ésta, dado que no desea hacerse cargo del menor, lo entrega a su padre (abuelo de Jack), quien lo maltrata físicamente de forma constante y le obliga a presenciar escenas sexuales muy poco apropiadas para su edad. Como consecuencia de todo ello, Jack comienza a protagonizar problemas con la ley relacionados con agresiones a prostitutas. Cuando comete su primer</p>

	asesinato sobre una mujer dedicada a la prostitución, advierte que lo hace porque ésta le recuerda a su madre.
William Vladimir Cumbajín Bautista	Desde sus primeros años, es educado por una madre violenta y con abundantes problemas con el alcohol. Dado que su progenitor fallece antes de que William cumpla su primer año, debe sucumbir a los malos tratos de su figura materna, quien lo abandona educativa y emocionalmente durante toda su infancia hasta que, en esa misma etapa vital, es abandonado por completo y debe sobrevivir en las calles.
Velma Barfield	Velma crece y se desarrolla en un hogar muy violento, donde su padre abusa físicamente de ella. Su madre, en lugar de detener esta situación, se mantiene al margen y permite que siga agrediendo a la menor; por lo que se muestra ausente y desapegada emocionalmente hacia Velma. Como consecuencia de ello, entre sus víctimas se encuentra su madre.
Leonarda Cianciulli <i>“La Saponificadora de Correggio”</i>	Desde su infancia, Leonarda sufre contantes agresiones y desprecios por parte de su figura materna. Fruto de una violación, crece bajo la sombra de una madre que le muestra de forma directa su odio hacia ella. Como resultado, la menor, privada durante su infancia del amor materno, intenta quitarse la vida en diversas ocasiones. Asimismo, en su etapa adulta advierte haber sido víctima de magia negra y ocultismo por parte de su madre; quien, según Leonarda, al desobedecerla por no querer contraer matrimonio con su propio primo, ésta la maldice de por vida.
Gesche Margarethe Gottfried	Desde su nacimiento, Gesche crece junto con un hermano mellizo, Johann Timm Jr. Al parecer, sus progenitores pronto se decantan hacia uno de los dos, colmando de amor al varón y sometiendo a una profunda carencia afectiva a su hija. Como consecuencia, entre todas sus víctimas, se encuentran sus dos progenitores y su único hermano.

Felicitas Sánchez Aguilón <i>“La Ogresca de la Colonia Roma”</i>	De forma constante, Felicitas pasa su infancia en un hogar tormentoso. Desde que nace, la relación con su figura materna se encuentra inundada de escaso afecto y un profundo rechazo por parte de ésta. Como consecuencia de este maltrato, Felicitas desarrolla una psicopatología que marca por completo su modus operandi: un rechazo absoluto a la maternidad y todo lo relacionado con ella, dando muerte a menores de edad y a neonatos.
Aileen Carol Pittman, conocida como Aileen Carol Wuornos	Cuando Aileen nace, su figura paterna se encuentra cumpliendo condena por abuso sexual a menores y su madre la abandona a ella y a su hermano, dejándoles en manos de su abuelo. Para desgracia de la menor, su abuelo (quien ejerce de figura paterna) abusa física y sexualmente de ella de forma constante. Por su parte, su abuela (quien ejerce de figura materna), no hace absolutamente nada para frenar los abusos y el maltrato perpetrados por parte del abuelo hacia la menor.

Al observar la anterior tabla, podemos observar que los valores entre hombres y mujeres no son tan lejanos como en el resto de las categorías; por lo que vemos cómo esta categoría se da por igual en hombres y en mujeres (7 varones y 5 mujeres). Asimismo, podemos advertir cómo en muchos casos (7 de 12, concretamente), tanto en hombres como en mujeres la selección de sus víctimas también se ha visto muy influida por el odio patológico desarrollado hacia su figura materna. En algunos casos, las víctimas recuerdan a sus madres y, en otros (o adicionalmente), las madres forman parte del grueso total de víctimas atacadas por parte de los sujetos. Asimismo, podemos ver que aquellos menores abandonados por sus madres y criados en orfanatos o por otros familiares violentos también se han visto igualmente privados de afecto, con la misma consecuencia del desarrollo de un odio patológico hacia ellas.

En tercer lugar, destacamos la categoría denominada “relación materno-filial anormal”. En ella, se han agrupado diversos asesinos seriales (en su totalidad varones) cuya relación con sus figuras maternas deviene anómala. Desde extrañas relaciones fraternales con sus

madres hasta la imposibilidad de construir una vida adulta prosocial y normalizada sin la presencia constante de ellas, pasando por excesivos tratos permisivos donde éstas sobreprotegen a los menores y ambos forman un binomio relacional disfuncional (que, en ocasiones, puede derivar en deseo sexual). Asimismo, en muchos de estos casos expuestos, la figura paterna se encuentra completamente ausente.

Relación materno-filial anormal	
Theodore Robert Bundy	Desde su nacimiento, la relación con su madre es anómala. Dada la juventud de ésta y su incapacidad por ejercer su rol de progenitora, delega sus responsabilidades en los abuelos de Ted, quienes se muestran como sus verdaderos progenitores. Ella, en cambio, se hace pasar por su hermana mayor. Cuando Ted se percata de la situación, interpreta la ausencia de su verdadera madre como una traición y, como consecuencia, comienza a mostrar fuertes episodios de cólera hacia ésta. Más tarde, se descubre que la ira de sus asesinatos en serie estaría dirigida contra ella.
Friedrich Heinrich Karl Haarmann <i>“El ogro de Hannover”</i>	Desde su más tierna infancia, su relación con su madre reviste una fanática afinidad de carácter anómalo. Ésta lo educa mediante una excesiva permisividad, criándolo como a una niña y vistiéndolo con ropajes femeninos; lo cual genera que acabe desarrollando fuertes desviaciones sexuales. Esta extraña relación maternofilial genera que, en su vida adulta, sea incapaz de afrontar sus circunstancias vitales sin la ayuda de su madre.
Peter Sutcliffe <i>“El destripador de Yorkshire”</i>	Desde su nacimiento, Peter está destinado a permanecer cerca de su madre durante numerosos años. Dado que presenta absentismo escolar debido al acoso sufrido por algunos de sus compañeros, permanece al lado de su progenitora de forma fanática, siguiéndola a todos lados y siendo incapaz de afrontar la realidad sin ella.
Edward Theodore Gein <i>“El carnicero de Plainfield”</i>	La madre de Ed Gein se muestra como una figura parental sumamente dominante, de carácter difícil y con fuertes convicciones religiosas y moralistas. Asimismo, se muestra

	<p>como una madre distante y fría que niega de forma constante el cariño y el afecto hacia su hijo. De este modo, este sujeto acaba desarrollando una relación simbiótica con ella; de modo que, al fallecer ésta, Ed realiza sus asesinatos en base a los mandatos que su madre fallecida le dictamina desde el más allá.</p>
<p>Robert Joseph Long, conocido como Bobby Joe Long</p>	<p>Desde su infancia, presenta una relación disfuncional con su figura materna. Hasta su adolescencia duerme con ella en su cama y se resiente por las innumerables parejas sentimentales y sexuales que ésta lleva a casa en un corto plazo. Así, al comenzar la pubertad, el sujeto comienza a despertar una atracción sexual por su madre. Al no ser correspondido por la atención emocional que demanda, acaba desarrollando un profundo odio hacia ella. Expertos advierten que sus víctimas, en su mayoría prostitutas, representan la imagen lasciva de su madre. La última de ellas, Lisa McVay, representaría la inocencia que nunca alberga su madre.</p>
<p>Campos Elías Delgado</p>	<p>Crece, desde su nacimiento, bajo el cobijo sobreprotector de su figura materna. La sobreprotección que recibe en el hogar es de tal envergadura que, en una ocasión, llega a pensar que debe matarla para poder liberarse de ella. Como consecuencia, mantiene una relación sumamente infantil con su madre, viviendo en su hogar hasta los 52 años, edad en la que comienza su carrera criminal matando a su madre.</p>
<p>Andréi Romanovich Chikatilo <i>“El Carnicero de Rostov”</i></p>	<p>La vida criminal de este sujeto toma como punto de partida la anormal relación con su figura materna. Ante un intento desesperado de sobreprotegerlo, desde que cuenta con una muy temprana edad, su madre le narra de forma constante una historia sumamente estremecedora: que su hermano mayor Stephan había secuestrado por unos campesinos, los cuales lo habían desollado y habían practicado canibalismo con él. Pese a que no existen evidencias claras sobre el</p>

nacimiento y defunción de Stephan, el pequeño Andréi lo toma como algo cierto; tanto, que genera que acabe siendo un niño traumatizado.

Como hemos podido observar, una relación anormal entre estos 7 sujetos con sus madres contribuye a que estos, en su vida adulta, se conviertan en asesinos seriales. En algunas ocasiones, como es el caso de Ted Bundy, la relación que mantiene con su hermana (que en realidad es su madre) y el posterior sentimiento de traición marcará su futuro. En otros casos, esta relación anómala deriva en el desarrollo de Complejos de Edipo (necesidad constante de estar con ella o desarrollo de fantasías sexuales con ella) y en no poder afrontar las circunstancias vitales sin la ayuda de su madre. Asimismo, de todos los asesinos seriales analizados, se ha destacado esta circunstancia en su mayoría sobre varones; lo cual nos muestra que las mujeres asesinas en serie podrían verse influenciadas por otras categorías donde su prevalencia es mayor (como, por ejemplo, la ausencia de la madre o la existencia de una figura materna distante y fría).

En cuarto lugar, destaca la categoría “existencia de violencia por parte de sus padres hacia sus madres y demás miembros de la familia”. En ésta, se han introducido todos aquellos sujetos cuya infancia se encuentra marcada por la existencia de violencia entre sus padres y maltrato físico, psicológico y sexual por parte del progenitor hacia los demás miembros de la familia.

Existencia de violencia por parte de sus padres hacia sus madres y demás miembros de la familia	
Albert Henry DeSalvo <i>“El Estrangulador de Boston”</i>	Albert Henry DeSalvo crece, durante su infancia, rodeado de violencia y maltrato, dado que su padre presenta una personalidad muy violenta, llegando a ser encarcelado en diversos momentos por agredir a su esposa y a sus hijos. En este punto, el propio Albert se convierte en uno de sus blancos.
James Clayton Vaughn. Posteriormente, Joseph Paul Franklin.	Presenta una infancia sumamente difícil como consecuencia de la agresividad y el autoritarismo de su figura paterna, quien visita en algunas ocasiones la prisión debido a sus problemas con el alcohol. Asimismo, maltrata de forma constante física y emocionalmente a su mujer y sus hijos.

Patrice Alègre	<p>Patrice crece en un hogar plagado de violencia física dirigida sobre él y sobre su madre, protagonizada por un padre alcohólico, quien le repite de forma constante que es un niño no deseado fruto de un accidente. La violencia ejercida sobre el menor había sido de tal medida, que en el juicio llega a espetar lo siguiente: <i>“Si algo lamento es no haberlo matado como le dije a mi madre. No habría hecho todo el mal que hice y hoy no estaría aquí”</i> (Álvarez, 2020).</p>
Pedro Nakada “El Apóstol de la Muerte”	<p>Durante su infancia, observa con habitualidad cómo su padre agrade constante y psicológicamente a su figura materna. Asimismo, en más de una ocasión sufre maltratos físicos por parte de su madre. De igual forma, Pedro crece atormentado por el maltrato recibido por parte de sus hermanos y hermanas, quienes abusan sexualmente de él.</p>
Eric Edgar Cooke	<p>Crece rodeado de violencia doméstica ejercida por su progenitor, tanto hacia su madre como hacia él. En uno de los altercados ocasionados entre sus progenitores y presenciados por el menor, sufre una grave lesión física al intentar proteger a su figura materna de la violencia, por lo que debe ser hospitalizado durante un mes. Asimismo, en ningún momento recibe muestras de afecto por parte de su padre, ni siquiera en el momento en el que es ejecutado en el año 1964.</p>
Peter Kürten “El vampiro de Düsseldorf”	<p>Desde una temprana edad, presencia de forma constante cómo su figura paterna (hombre con numerosos problemas con el alcohol) agrade gravemente de forma física y psicológica a su madre y a sus doce hermanos (además del propio Peter), así como agrade sexualmente a su progenitora y a sus hermanas menores.</p>
Pedro Rodrigues Filho	<p>Antes de nacer, mientras su madre se encuentra embarazada, una brutal agresión por parte de su padre hace que, al golpearla en el abdomen, Pedro nazca con severas lesiones craneoencefálicas. Durante su infancia, crece rodeado de violencia física por parte de su progenitor, hacia él y hacia su madre. Antes de que Pedro adquiriera su mayoría de edad, descubre la muerte de su madre, asesinada mediante 21 puñaladas por parte de su padre. Como</p>

	consecuencia, uno de sus crímenes más sangrientos es el llevado a cabo contra su figura paterna.
Kathleen Megan Folbigg	Cuando Kathleen apenas tiene un año y medio de edad, su padre mata a su figura materna asestándole 24 puñaladas. Como consecuencia, éste es detenido y la menor es enviada a un orfanato.

De nuevo, observamos que la mayoría de los sujetos que componen esta categoría son varones (7 hombres frente a 1 mujer). Una mayor presencia de estos podría explicar una característica muy común en algunos asesinos seriales cuyas víctimas principales son mujeres: la misoginia. En estos casos, los menores observan desde una muy temprana edad diversos roles de conducta donde el progenitor domina a la madre y ésta adopta un papel eminentemente sumiso. En otras ocasiones, el maltrato sufrido por parte del propio menor en el hogar puede contribuir a que su desarrollo se torne difícil y acabe desarrollando comportamientos desviados. Asimismo, podemos ver cómo algunos sujetos, como consecuencia del maltrato ejercido por parte de los padres, acaban desarrollando sentimientos de odio hacia ellos y, en algunos casos, acaban con sus vidas.

Por último, destaca la categoría “presencia de trastornos mentales en sus madres”. En ella, se han introducido dos casos en los que las infancias de los sujetos se ven marcadas por la presencia de una madre con un trastorno mental incapacitante para ejercer la labor maternal.

Presencia de trastornos mentales en sus madres	
Richard Trenton Chase <i>“El vampiro de Sacramento”</i>	Según informes psiquiátricos, su madre es diagnosticada de esquizofrenia, siendo a nivel emocional incapaz de hacerse cargo de sus hijos. Asimismo, en su infancia impera la violencia entre sus figuras parentales. Los conflictos conyugales son constantes y, en alguna que otra ocasión, es objeto de maltrato por parte de su madre y de su padre. Como consecuencia de ello, pronto desarrolla tres circunstancias que se circunscriben a la tríada homicida, también conocida como Tríada de McDonald (enuresis, comisión de incendios y maltrato animal)

Rosemary Pauline West <i>“Los crímenes de la Casa de los Horrores”</i>	Desde su nacimiento, crece y se desarrolla en el seno de una familia donde su progenitor (Bill Letts) presenta una esquizofrenia y su figura materna (Daisy Letts) sufre una depresión severa. Como consecuencia, su infancia se torna sumamente angustiada: su padre, un tirano violento, abusa de forma física y psicológica de su esposa y sus hijos; sufriendo, en ocasiones, episodios psicóticos.
--	---

En este caso, vemos que la prevalencia de varones y mujeres es equitativa (1 varón y 1 mujer), aunque poco significativa. No obstante, hemos añadido esta categoría dado que, durante la revisión bibliográfica realizada en el apartado anterior, se deja constancia de que la presencia de una madre esquizofrénica o con algún otro tipo de trastorno mental puede llegar a influir en la infancia de un asesino serial.

Una vez vistas todas las categorías escogidas para realizar el análisis de las infancias de los asesinos seriales y su relación con el maltrato recibido por parte de sus figuras paternas y maternas, podemos resumir las categorías de la siguiente forma:

Mikhail Popkov Edmund Emil Kemper Jerome Henry Brudos Richard Kuklinski Henry Lee Lucas José Antonio Rodríguez Vega Pedro Alonso López José Luis Calva Zepeda Daniel Camargo Barbosa Gregorio Cárdenas Hernández Juana Barraza Samperio Martha Beck	Presencia de una figura materna violenta y/o dominante/castrante
--	--

Gary Leon Ridgway Richard Macek Luis Alfredo Garavito Cubillos Francisco Guerrero Pérez Gerard John Schaefer Johann Unterweger William Vladimir Velma Barfield Leonarda Cianciulli Gesche Margarethe Gottfried Felicitas Sánchez Aguillón Aileen Carol Pittman	Ausencia materna o presencia de una madre distante y fría
---	---

Theodore Robert Bundy Friedrich Heinrich Karl Haarmann Peter Sutcliffe Edward Theodore Gein Robert Joseph Long Campos Elías Delgado Andréi Romanovich Chikatilo	Relación materno-filial anormal
Albert Henry DeSalvo James Clayton Vaughn Patrice Alègre Pedro Nakada Eric Edgar Cook Peter Kürten Pedro Rodrigues Filho Kathleen Megan Folbigg	Existencia de violencia por parte de sus padres hacia sus madres y demás miembros de la familia
Richard Trenton Chase Rosemary Pauline West	Presencia de trastornos mentales en sus madres

Asimismo, con respecto al análisis realizado, debemos destacar lo siguiente. Por un lado, que existe una mayor presencia de varones en todas las categorías expuestas (excepto en la última), lo cual puede verse explicado por la mayor existencia a nivel mundial de asesinos seriales varones. En segundo lugar, que la categoría con mayor número de asesinos seriales es la primera (“presencia de una madre violenta y/o dominante/castrante”), por lo que podríamos destacar esta circunstancia como la más relevante. No obstante, observamos que existe una categoría (“ausencia materna o presencia de una madre distante y fría”) donde la prevalencia de hombres y mujeres es casi idéntica, lo cual nos muestra que es posible que se trate de la circunstancia que más puede influir en las mujeres asesinas en serie. Igualmente, observamos que las categorías que más se relacionan con el desarrollo de un odio patológico hacia sus madres y hacia el resto de mujeres (sobre todo las que se asemejan a ellas) serían las de “presencia de una figura materna violenta y/o dominante/castrante”, “ausencia materna o presencia de una madre distante y fría” y “relación materno-filial anormal” (esta última, sobre todo relacionada con el deseo sexual del menor hacia la madre).

Por tanto, pese a que la búsqueda de asesinos seriales ha sido una tarea difícil (dado que no existen casi estudios de sus infancias) y pese a que solamente se han destacado los más relevantes (dado que existen otros muchos con estas características, pero por falta de información ha sido preferible no introducirlos en el análisis), podemos destacar que la presencia de un modelo educativo anómalo en la infancia de un menor,

basado en la violencia y en la privación de afecto, puede constituir un factor común en la vida de muchos asesinos en serie. De esta forma, cobraría sentido la frase emanada de Norman Bates en la obra cinematográfica denominada “Psicosis”: *“El mejor amigo de un chico siempre será su madre”*.



VI. Conclusiones

El objetivo de este trabajo investigativo, tal y como se menciona en el resumen e introducción de éste, era el estudio de la infancia de diversos asesinos seriales con la finalidad de identificar ciertos patrones coincidentes en su educación, los cuales podrían participar en la formación de sus carreras criminales. En este caso, nos centramos en los modelos educativos violentos y negligentes llevados a cabo por las figuras parentales de estos sujetos, con la pretensión de determinar si existe algún tipo de relación entre una crianza violenta o negligente por parte de los progenitores y la génesis de un asesino serial.

Así, tras analizar la revisión bibliográfica y realizar el estudio de casos sobre la muestra expuesta de asesinos seriales, podemos concluir que:

En primer lugar, pese a que no es posible dar una respuesta final a la eterna cuestión emanada en torno a si los asesinos en serie nacen o se hacen, sí que podemos destacar lo siguiente: pese a que existen multitud de factores de riesgo genéticos y biológicos capaces de contribuir de forma interconectada en la creación de un asesino serial y actuar a modo de predisposición violenta, parece que son los factores familiares de crianza y de socialización enmarcados en un ambiente claramente violento y criminal los que imperan con una importante incidencia en su vida adulta y su posterior carrera criminal.

En segundo lugar, la educación recibida durante la infancia por parte de los progenitores en el seno de la familia se convierte en un factor de suma importancia a la hora de influir en la creación de un asesino serial. En este caso, la personalidad del menor se forja y se construye en el hogar, lugar donde éste transcurre la mayor parte de su tiempo. Por este motivo, se constata que una educación plagada de violencia y maltrato infantil puede contribuir a que el sujeto, en su vida adulta, se rodee de la misma violencia, estando su carrera criminal (en muchos casos) orientada de forma distinta según el maltrato recibido.

En tercer lugar, el estudio de casos hace patente que la influencia materna deviene relevante en la infancia de un asesino serial. Si bien se han estudiado diversas formas de maltrato y las diversas influencias recibidas por parte de las figuras paternas y maternas, en casi todos los casos expuestos se destaca la mayor importancia de la figura materna

protagonizando el maltrato o el padecimiento de éste (en los casos de violencia entre los progenitores). El análisis de casos demuestra que las relaciones materno-filiales disfuncionales pueden ser más relevantes que las paterno-filiales, debido a que los asesinos seriales muestran en mayor medida la existencia de violencia materna.

En cuarto lugar, debemos destacar que las infancias de asesinos y asesinas seriales, grosso modo, se muestran de forma muy distinta. En el caso de los varones, la predominancia se sitúa en la existencia de una madre violenta y dominante, una madre que entabla con el menor una relación anormal y una madre que sufre violencia por parte de su pareja. Tras analizar los casos expuestos, destacamos que, sin duda, este factor posee relación con las motivaciones que mueven a los diversos sujetos en sus asesinatos. Sin embargo, las mujeres presentan una mayor influencia por parte de una madre fría emocionalmente, distante y/o ausente; lo cual podría explicar por qué sus motivaciones (en el caso de la muestra estudiada) son diametralmente distintas a las de los varones.

En este sentido, el caso de los varones, con la presencia de una madre violenta y dominante, prácticamente todos los asesinos seriales analizados desarrollan una carrera criminal motivada por el odio visceral hacia su madre y, como consecuencia, hacia el resto de las mujeres (normalmente hacia aquellas que guardan parecido con ella), siendo el total de sus víctimas de sexo femenino. Con la influencia de una madre fría y ausente, también se puede observar cómo muchos sujetos dirigen sus crímenes contra sus propias progenitoras y/o contra otras mujeres que les recuerdan a ellas. En el caso de la existencia de una relación materno-filial anormal, se puede observar cómo muchos sujetos (todos varones) desarrollan desviaciones sexuales, problemas de socialización y afrontamiento de conflictos, así como, en algunos casos, odio hacia su madre y otras mujeres. Finalmente, con la existencia de violencia en el seno de la pareja, muchos sujetos desarrollan patrones de conducta violentos sobre mujeres, generando así valores misóginos que guían sus carreras criminales. Por lo tanto, se constata que no todos los asesinos estudiados en la muestra han sido maltratados en el hogar a manos de sus progenitoras, pero muchos de los sujetos cuyos asesinatos seriales se perpetran contra mujeres sí que han crecido en un entorno familiar plagado de violencia materna (o violencia contra ella). En muchos casos, asimismo, la existencia de maltrato y negación de afecto puede contribuir a que entre sus víctimas se encuentren sus progenitoras.

En quinto lugar, se debe resaltar la dificultosa tarea de encontrar información sobre las infancias de los asesinos seriales. En el caso de este estudio, pese a no haber podido hallar más información de asesinos seriales, podríamos pensar que la existencia de una educación violenta y/o negligente por parte de los progenitores (especialmente de la madre) podría estar presente en las infancias de muchos asesinos no estudiados. En este sentido, sería interesante realizar un estudio mayor en el cual poder analizar las infancias de aquellos asesinos seriales cuya población victimal está compuesta de mujeres, en aras a descubrir si, efectivamente, se trata de un factor de riesgo a tener en cuenta en este tipo de asesinos seriales.

Finalmente, debemos concluir este apartado (y con él, este trabajo investigativo), destacando la importancia de la prevención en el fenómeno del asesinato serial. En este caso, se trata de un fenómeno que carece de tratamiento y cuyos costes humanos pueden ser incalculables. Por ello, debemos entender la influencia familiar y el entorno de crianza del menor como un factor relevante en su crecimiento y en la formación de su personalidad. Tal vez, hasta ahora, hemos focalizado nuestro análisis en otras áreas, como la genética, la psicología y la biología, que poco podrían ser tratadas o prevenidas. Sin embargo, sería necesario dirigir los esfuerzos analíticos y preventivos hacia el ámbito educativo de los menores, entendiendo que se trata de un factor capaz de influir en la futura creación de un asesino serial; alcanzando, con ello, el pilar básico que debe orientar y dar fuerza a cualquier labor criminológica: la prevención.

Bibliografía

- Abby Stein, D. (2004). Fantasy, fusion and sexual homicide. *Contemporary Psychoanalysis*, 495-517.
- Abeijón Castro, P. (2005). *Asesinos en serie*. Córdoba: Arco Press.
- Abeijón, P. (2005). *Asesinos en serie*. Madrid: Arcopress.
- Alemán, J., Zárate, J., & Valdés, C. (2011). *De lo antisocial a asesinos en serie: apuntes para su discusión*. Universidad Autónoma de Coahuila.
- Álvarez, M. G. (24 de 4 de 2020). Patrice Alègre, un asesino en serie implicado en orgías sadomasoquistas con menores. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/sucesos/20200424/48688376755/patrice-alegre-asesino-en-serie-violacion-mujeres-menores-orgias-sadomasoquistas-francia-las-caras-del-mal.html>
- Antuña, M., & Rodríguez-Franco, L. (2007). Psicópatas y asesinos en serie. *Estudios penales y criminológicos*, 7-37.
- Bandura, A. (1979). *Social learning theory*. Englewood Cliffs: NJ: Prentice Hall.
- Battle, T. (2013). *The cruelty connection. The relationships between Animal Cruelty, Child Abuse and Domestic Violence*. Alberta: Society for the Prevention of Cruelty to Animals.
- Beirne, P. (2016). ¿Hay progresión desde el abuso a animales hasta la violencia interhumana? . *Devenires*, 241-275.
- Bleichmar, H. (1968). *Introducción al estudio de las perversiones: la teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Borja, K., & Ostrosky-Solís, F. (2009). Los eventos traumáticos tempranos y su relación con la psicopatía criminal. *Revista Clínica de Neuropsicología*, 160-169.
- Borrás Roca, L. (2002). *Asesinos en serie españoles: su biografía, personalidad, móviles del crimen, víctimas, juicios*. Barcelona: JM Bosch Editor.
- Bowlby, J. (1954). Los cuidados maternos y la salud mental. *Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud*.
- Cleckley, H. (1988). *The mask of sanity. 5th edition*. St. Louis: MO: Mosby.
- Cuquerella Fuentes, Á. (2004). Asesinos en serie. Clasificación y aspectos médico-forenses. *Estudios jurídicos*.

- Damasio, A., & Tranel, D. (1994). Impaired autonomic reactions to emotional and social stimuli in patients with bilateral orbital damage and acquired sociopathy. *Society of Neuroscience*, 1288-1298.
- Dor, J. (1995). *Estructura y perversiones*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S. A.
- Douglas, J., Burgess, A., Burgess, A., & Myers, W. (1999). Serial murder and sexual homicide. En *Handbook of psychological approaches with violent offenders* (págs. 153-172). Boston, MA: Springer.
- Dutton, D., & Hart, S. (1992). Evidence for long-term, specific effects of childhood abuse and neglect in criminal behavior in men. *International of Offender Therapy and Comparative Criminology*.
- Etcheverry, J. (2009). El perfil psicológico de un asesino serial en la ciudad de Medellín. *El Ágora USB*, 511-528.
- Felthous, A. (1980). Aggression Against Cats, Dogs, and People. *Child Psychiatry and Human Development*, 169-177.
- Ferguson, C. J., White, D. E., Stacey, C., Marta, L., & Bhimani, Z. (2003). Defining and classifying serial murder in the context of perpetrator motivation. *Journal of Criminal Justice*, 287-292.
- Fernández Vásquez, M., & Sánchez Salas, A. I. (2014). *Asesinos seriales nacen o se hacen*. Colegio Alemán Alexander von Humboldt, México.
- Forero, A., & Jiménez, D. (2014). La cárcel española en (la) crisis. Mano dura y escasez: ¿hacia la esquizofrenia punitiva? *Revista de Derecho penal y Criminología*, 27-52.
- Fox, J., & Levin, J. (2015). *Extreme Killing. Understanding Serial and Mass Murder, California, 2015*. California.
- García, J. S. (2009). Causales psicosociales y consecuencias de la violencia. *Casa abierta del tiempo*, 72-78.
- Gerrig, R., & Zimbardo, P. (1992). *Psychologie*. Berlín: Pearson Deutschland GmbH.
- Gil, E. (1994). Animals and Children: A Clinician's View. *Animals Agenda*, 20.
- Grove, W., Eckert, E., Heston, L., Bouchard, T., Segal, N., & Lykken, D. (1990). Heritability of substance abuse and antisocial behavior: a study of monozygotic twins reared apart. *Biological psychiatry*, 1293-1304.
- Hare, R. (1970). *Psychopathy: Theory and research*. Nueva York: Wiley.

- Hart, S. D., & Hare, R. D. (1997). Psychopathy: Assessment and association with criminal conduct. En D. M. Stoff, J. Breiling, & J. D. Maser, *Handbook of antisocial behavior* (págs. (p. 22–35)). John Wiley & Sons Inc.
- Hickey, E. W. (1996). *Trauma-control model in serial murder*. New York, United States of America: Allyn & Bacon Publishers.
- Holmes, R., & Holmes, S. (2009). *Serial murder*. California: Sage.
- Ishikawa, S., Raine, A., Lenz, T., Bihrlé, S., & LaCasse, L. (2001). Autonomic stress reactivity and executive functions in successful and unsuccessful criminal psychopaths from the community. *Journal of Abnormal Psychology*, 423-432.
- Jara, V., & Ferrer, D. (2005). Genética de la violencia. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 188-200.
- Jiménez Serrano, J. (2014). Asesinos en serie: definición, tipologías y estudios sobre esta temática. *Gaceta Internacional de Ciencias Forenses*, 4-12.
- Knight, Z. (2006). Some thoughts on the psychological roots of the behavior of serial killers as narcissist: an object relations perspective. *Social behavior and personality*, 1189-1206.
- Lacan, J. (1996). *El Seminario 4 de Jacques Lacan: La relación de Objeto*. Barcelona: Ed: Paidós.
- Lombroso, C. (2006). *El atlas criminal*. Valladolid: Facsímil.
- Lösel, F. (1998). Treatment and Management of Psychopaths. En D. J. Cooke, A. E. Forth, & R. D. Hare, *Psychopathy: Theory, research and implications for society*. (págs. (pp. 303-354)). Dordrecht: Springer.
- Macià Gómez, R. I. (2011). Los asesinos en serie. *Revista General de Derecho Penal*, 1-25.
- Mednick, S., Gabrielli, W., & Hutchings, B. (1984). Genetic influences in criminal convictions: Evidence from an adoption cohort. *Science*, 891-894.
- Morana, H., Stone, M., & Abdalla-Filho, E. (2006). Personality disorders, psychopathy, and serial killers. *Revista Bras. Psiquiatria*, 274-279.
- Morillas Fernández, D. (2007). Sobre la conceptualización de los asesinos en serie. *Cuadernos de Política Criminal*.
- Nava, M. (2019). *Estudio psicoanalítico de la estructura psicopatológica del asesino serial*. Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, Argentina.
- Norris, J. (1990). *Serial Killers: The growing menace*. Arrow Books.

- Ostrosky-Solís, F. (2008). *Mentes asesinas. La violencia en tu cerebro*. México: Hachette Filipachi Expansion. México: Hachette Filipachi Expansion.
- Palermo, G. (2008). Narcissism, sadism and loneliness: the case of serial killer Jeffrey Dahmer. En R. Kocsis, *Serial murder and the psychology of violent crimes*. Sydney, Australia: Humana Press.
- Pincus, J., & Lewis, D. (2001). *Instintos básicos: ¿por qué matan los asesinos?* Madrid: España: Edición Oberon.
- Pintado Alcázar, A. (2017). *Asesinos en Serie: Especial Referencia al Ámbito Español*. Universidad de Murcia, Murcia.
- Pintazo Alcázar, A. (2017). *Análisis criminológico de los asesinos en serie*. Madrid: Dykinson.
- Pont Amenós, T., & Sauch Cruz, M. (2008). *Pont Amenós, T., y Sauch Cruz, M. (2008). Profiling: el acto criminal*. España: UOC (Universitat Oberta de Catalunya).
- Raine, A. (2000). Psicopatía, violencia y neuroimagen. En A. Raine, & J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía* (págs. 59-88). Barcelona: Ariel.
- Raine, A., Lencz, T., Taylor, K., Hellige, J., Bihrlé, S., Lacasse, L., Coletti, P. (2003). Corpus callosum abnormalities in psychopathic antisocial individuals. *Archives of General Psychiatry*, 1134-1142.
- Raine, A., & Sanmartín, J. (2006). *Violencia y Psicopatía*. Barcelona: Ariel.
- Ressler, R., Burgess, A., & Douglas, J. (1988). *Sexual homicide: Patterns and motives*. Lexington: MA: Lexington Books.
- Ressler, R., & Shachtman, T. (2005). *Asesinos en serie (2º edición.)*. Barcelona: Serie Estudios sobre Violencia.
- Ressler, R. (2010). *Dentro del monstruo: un intento de comprender a los asesinos en serie*. Barcelona: Ed. Aba Minus.
- Ressler, R., & Shachtman, T. (2014). *Dentro del monstruo. Un intento de comprender a los asesinos en serie*. Alba editorial.
- Richard-Blair, R., Jones, L., Clark, F., & Smith, M. (1997). The psychopathic individual: a lack of responsiveness to distress cues? *Psychophysiology*, 192-198.
- Rodríguez, N. (2019). Una madre determinante en la psicosis de un asesino. (*Trabajo de Fin de Grado*). Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Salado San Pedro, P. (2015). *Asesinos seriales. Etiología de sus crímenes y perfilación*. Universidad del País Vasco.

- Scott, H. (2008). The “Gentler Sex”. Patterns in Female Serial Murder. En R. N. Kocsis, *Serial Murder and the Psychology of Violent Crimes*. Sydney.
- Senglán Sención, L. (2018). *Hannibal Lecter: la estructura de un perverso*. Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Skrapec, C. (2008). Los motivos del asesino en serie. En A. Raine, & J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*. Barcelona.
- Skrapec, C. (2008). Violencia y psicopatía. En A. Raine, & J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*. Barcelona.
- Soria Verde, M. (2007). Psicología de investigación criminal. En M. Soria Verde, *Manual de psicología jurídica e investigación criminal*,. Madrid.
- Sosa, A. (2010). La Mente del Asesino en Serie. *Synopsis*, 16-22.
- Torres Delgado, C. (2016). *Perfiles criminales. Un estudio de la conducta criminal de los asesinos en serie*. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Uribe Londoño, E. (2014). Psicópatas, ¿nacen o se hacen? *Proyecto de Grado*. Colegio Marymount, Medellín.
- Vera, J. A. (2009). El Perfil Psicológico de un Asesino Serial en la Ciudad de Medellín. *El ágora USB*, 511-528.
- Winnicott, D. (1984). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós SAICF.
- Winnicott, D. W. (1991). Playing and reality. *Psychology Press*.